

Diego González Lillo  
Universidad de Valparaíso (Chile)

## El autoengaño en Derecho penal: elementos para su análisis dogmático

### Sumario

*El artículo tiene por objetivo explorar las dificultades que los casos de autoengaño podrían plantear en determinados ámbitos de la teoría del delito. Para ello, en primer lugar, se ofrece una caracterización del fenómeno y de las causas que explican su relevancia jurídico-penal. Posteriormente, tras indagar los presupuestos conceptuales de una auténtica instancia de autoengaño, se evalúa su relación de compatibilidad o incompatibilidad con las estructuras internas del dolo y de la imprudencia, como criterios de imputación subjetiva. Al respecto, se defiende la siguiente tesis: al constituir una modalidad de dolus antecedens, el autoengaño no puede fundamentar una imputación a título de dolo; sin embargo, su similitud con la imprudencia es estructural y no determina necesariamente su merecimiento de pena. En adición a ello, se ofrece también un contraste entre autoengaño e ignorancia deliberada. Finalmente, el artículo se cierra con la selección y análisis de algunas posibles relaciones entre el autoengaño y las categorías dogmáticas situadas a nivel de culpabilidad.*

### Abstract

*The aim of this article is to discuss the problems that cases of self-deception may arise in certain areas of the criminal law theory. First, a characterization of the phenomenon and the causes that explain its criminal relevance is offered. After analyzing the conceptual conditions of a genuine instance of self-deception, its compatibility or incompatibility with the internal schemes of knowledge, recklessness and negligence, as levels of mens rea, is evaluated. In this regard, the following thesis is defended: Self-deception cannot be the basis for an imputation of knowledge or recklessness since it is a modality of dolus antecedens; however, its similarity with negligence is only structural and is not necessarily related to the deserving of punishment. In addition to this, a contrast between self-deception and willful blindness is also provided. Finally, the article closes with the selection and analysis of some possible relationships between self-deception and theoretical categories related to culpability.*

### Zusammenfassung

*Ziel des vorliegenden Beitrags ist es, die Schwierigkeiten zu untersuchen, die bei den Konstellationen von Selbsttäuschung in bestimmten Bereichen der Verbrechenslehre aufkommen könnten. Zunächst werden das Phänomen und die Ursachen, die seine strafrechtliche Relevanz erklären, dargestellt. Anschließend werden die begrifflichen Voraussetzungen einer echten Selbsttäuschung untersucht und ihre Vereinbarkeit bzw. Unvereinbarkeit mit den inneren Strukturen von Vorsatz und Fahrlässigkeit als subjektive Zurechnungskriterien bewertet. In diesem Sinne wird die folgende These verteidigt: Die Selbsttäuschung darf keine Grundlage für eine Zurechnung zum Vorsatz sein, da sie eine Modalität des dolus antecedens ist; ihre Ähnlichkeit mit der Fahrlässigkeit ist jedoch nur strukturell und bestimmt nicht notwendigerweise ihre Strafbarkeit. Zusätzlich wird ein Vergleich zwischen Selbsttäuschung und der sog. Tatsachenblindheit aufgezeigt. Schließlich befasst sich der Beitrag mit der Auswahl der möglichen Beziehungen zwischen Selbsttäuschung und den dogmatischen Kategorien der Schuld.*

**Title:** Self-deception in Criminal Law: Elements for its theoretical analysis

**Titel:** Selbsttäuschung im Strafrecht: Grundlagen für ihre dogmatische Analyse

-

**Palabras clave:** Autoengaño, dolo, imprudencia, culpabilidad

**Keywords:** *Self-deception, Knowledge, Negligence, Culpability*

**Stichwörter:** *Selbsttäuschung, Vorsatz, Fahrlässigkeit, Schuld*

-

**DOI:** 10.31009/InDret.2025.i2.05

-

## Índice

-

- 1. Planteamiento y relevancia jurídico-penal del problema**
- 2. Sobre la posibilidad de auténticas instancias de autoengaño**
- 3. Autoengaño y criterios de imputación subjetiva**
  - 3.1. Autoengaño e imputación a título de dolo
  - 3.2. Autoengaño e imputación a título de imprudencia
  - 3.3. Excurso: autoengaño e ignorancia deliberada
- 4. Autoengaño y culpabilidad: selección y análisis panorámico de algunas relaciones posibles**
  - 4.1. Autoengaño e imputabilidad
  - 4.2. Autoengaño y conciencia de la antijuridicidad
  - 4.3. Autoengaño y exigibilidad de una motivación conforme a cuidado
- 5. Conclusiones**
- 6. Bibliografía**

-

Este trabajo se publica con una licencia Creative Commons Reconocimiento-No Comercial 4.0 Internacional 

## 1. Planteamiento y relevancia jurídico-penal del problema\*

Nuestras prácticas cotidianas muestran que conocer los espacios en que se interacciona, las posibles consecuencias causales de nuestros comportamientos, el alcance de los desplegados por terceros, o comprender el sentido de tales eventos, normalmente, se considera como algo útil y beneficioso. Por lo demás, muchas veces también será obligatorio. Con todo, cabe constatar igualmente otros escenarios, en absoluto inusuales, en los que una persona, en contra de la evidencia disponible, prefiere distanciarse del conocimiento que antes albergaba con respecto a un determinado fragmento de la realidad, haciendo suya una creencia falsa al respecto<sup>1</sup>. En ese caso, podría afirmarse que el agente en cuestión se ha autoengañado. Bajo su modalidad más paradigmática y haciendo abstracción de ulteriores concreciones<sup>2</sup>, por autoengaño cabe entender aquel mecanismo por medio del cual una persona sustituye una creencia acertada (pero generalmente indeseada) por otra creencia errónea (pero generalmente deseada)<sup>3</sup>, perdiendo de vista la falsedad del contenido del estado mental así adquirido. Para ilustrar el fenómeno, considérese por de pronto el siguiente conjunto de ejemplos, a los que aquí se asignará un rótulo a fin de facilitar remisiones posteriores.

«El calendario alterado». Una prolífica investigadora acepta en enero una invitación a participar en un congreso internacional a fines de noviembre. Para acabar su artículo sin contratiempos, registra

---

\* Autor de contacto: Diego González Lillo (diego.gonzalezli@uv.cl). Profesor de Derecho penal, Facultad de Derecho, Universidad de Valparaíso (Chile). Esta investigación se enmarca en la ejecución del Proyecto FONDECYT de Iniciación N° 11230951, titulado: «Ignorancia deliberada y autoengaño: dos problemas de imputación subjetiva en el marco de la responsabilidad jurídico-penal», financiado por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo de Chile (ANID), proyecto del cual el autor es investigador responsable. Un avance del tercer apartado de este trabajo fue expuesto como ponencia el día 23 de febrero de 2024, en la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid, mientras que un resumen del mismo fue presentado en las XX Jornadas chilenas de Derecho penal y Ciencias penales, el día 8 de noviembre de 2024, en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Concepción. Por sus valiosos e interesantes comentarios, agradezco a las profesoras y profesores que participaron en ambas instancias. Asimismo, por sus útiles observaciones al presente texto, agradezco a Mauricio Menares Hernández (personal técnico del proyecto FONDECYT antes referido) y a Catalina Sierra Campos.

<sup>1</sup> En lo sucesivo, el término «creencia» será utilizado en sentido técnico, es decir, para designar un estado mental de carácter cognitivo, en el cual un agente da algo por verdadero o estima que será el caso, aun cuando ello no sea así. Entendida de esta manera, una creencia también puede ser latente. Esto último significa que, para que su contenido sea atribuible a quien la alberga, basta con que le sirva como guía de comportamiento; no se requiere, en cambio, que el agente se represente explícitamente dicho contenido o se rinda un reporte al respecto. Para una aplicación de la noción técnica de creencia, en el marco de la imputación jurídico-penal, véase SHUTE, «Knowledge and Belief in the Criminal Law», en SHUTE/SIMESTER (eds.), *Criminal Law Theory*, 2002, pp. 182 ss.; STARK, *Culpable Carelessness: Recklessness and Negligence in the Criminal Law*, 2016, pp. 92 ss., 114 ss., 226 ss.; MAÑALICH, «El dolo como creencia predictiva», *Revista de Ciencias Penales*, (47), 2020, pp. 18 ss.

<sup>2</sup> Según una tesis minoritaria, junto con la versión más representativa de autoengaño, descrita en el texto, cabría reconocer otra, en la que un agente conserva una creencia errónea sobre un determinado asunto, sin necesidad de haber alcanzado antes una creencia verdadera al respecto. Así, por ejemplo, LEVY, «Self-deception and Moral Responsibility», *Ratio*, (17), 2004, p. 297. De la opinión inversa, COLL MÁRMOL, «Autoengaño y responsabilidad», *Teorema*, (26-3), 2007, p. 157. Una clara defensa del requisito aquí recogido puede apreciarse en el tratamiento del tema en SARTRE, *El ser y la nada*, 1993, p. 83: «debo saber muy precisamente la verdad para ocultármela más cuidadosamente». Por lo demás, desde una visión jurídico-penal del asunto, los casos que ofrecerán mayor interés son precisamente aquellos en que el agente sí alcanzó a imponerse de ese aspecto de la realidad, pues engarzan directamente, como se verá más adelante, con el así llamado *dolus antecedens*.

<sup>3</sup> Usualmente, el contenido de la creencia adquirida vía autoengaño se ajusta a los deseos del agente. Ello no excluye la posibilidad, si bien mucho menos frecuente, de que la creencia errónea adquirida se asocie a un evento indeseado o desagradable para ese mismo agente. Como se verá, un ejemplo de ello es convencerse de haber sido víctima de algún delito. Sobre dicha modalidad de autoengaño, véase MELE, *Self-Deception Unmasked*, 2001, p. 94.

en su calendario que el evento tendrá lugar en septiembre. Durante el primer trimestre, antes de administrar su viaje, trabaja teniendo en vista la fecha apuntada, olvidando la correcta.

«La encuesta docente». Un profesor universitario recibe en su correo electrónico los resultados de una lapidaria calificación docente. A pesar de sospechar que la persistencia de tales resultados a lo largo de los años no podría ser casual, en parte, para proteger su autoestima, y, en otra, para no modificar sus métodos habituales, el profesor acaba atribuyendo el resultado al mal diseño de la encuesta, a la vez que discute su situación con colegas cuya opinión negativa sobre ese instrumento ya conoce.

«El examen médico». Un paciente recoge un análisis médico en el que descubre su condición de portador de un virus de transmisión sexual, examen que destruye inmediatamente después de leerlo. Para no alterar la manera en que gestiona su vida sexual, luego de recopilar sistemáticamente comentarios negativos de la clínica donde obtuvo el diagnóstico y de reconstruir sesgadamente sus últimos encuentros sexuales, el paciente acaba persuadiéndose de la existencia de un auténtico error en el examen recibido, estado de ignorancia bajo el cual transmite el virus a otra persona.

«El dilema familiar». En un hogar viven la madre M, su hijo H y N, la hija de este último, cuyo cuidado se encuentra a cargo de M, su abuela. En un inicio, M advierte que H realiza actos de naturaleza sexual cuya víctima es N, de cinco años. Al no soportar la posibilidad de que a su idealizado hijo, recientemente viudo, le impulse un ánimo lascivo, con el transcurso del tiempo, genuinamente, M termina convencida de que tales actos representarían una manifestación normal de cariño<sup>4</sup>.

Como podrá notarse, de los ejemplos recién ofrecidos no todos revelan interés jurídico-penal, y, en el caso de los que sí lo hacen, pareciera ser –al menos preliminarmente– que no merecen una valoración unitaria. Ello, sin embargo, no impide reparar en la presencia del siguiente rasgo estructural común: en contra de la evidencia disponible, sus protagonistas han sustituido, intencionalmente o no, una representación acertada sobre un fragmento de la realidad por otra representación errónea sobre ese mismo aspecto. Como pronto se verá, cuando redundan en la realización de un comportamiento típico, tales escenarios pueden llegar a plantear diversas y complejas incógnitas al interior de la teoría del delito. La explicación de estas dificultades, sin embargo, demanda tener en vista la etiología del fenómeno –como intentará mostrarse ahora–, mientras que para su tratamiento dogmático –durante el desarrollo del trabajo– también será necesario considerar las aristas filosóficas, psicológicas y criminológicas del argumento.

El autoengaño es un sesgo cognitivo cotidiano, precisamente, por la multiplicidad de causas que lo generan y la variedad de funciones que puede llegar a desempeñar en la vida emocional de las personas. Así pues, el autoengaño puede operar, en primer término, como un mecanismo para neutralizar o reducir la tristeza, la angustia, el temor u otras emociones negativas que podría experimentar una persona al afrontar la verdad sobre ciertos hechos indeseados o desagradables. Un ejemplo de ello podría ser el caso de quien, consciente inicialmente de cómo ha acaecido un evento, tras un tiempo y a causa de la malinterpretación de uno o más episodios, se persuade de haber sido víctima de algún delito, el que imputa calumniosamente a otra persona, o bien, como tercero en el contexto de un proceso penal, ofrece un testimonio que resulta ser falso<sup>5</sup>. La lectura sesgada de un evento también puede abarcar ciertos comportamientos ajenos que son fuente de un intenso dolor o culpa para quien, en posición de garante, tenía que haberlos impedido, o tenía

<sup>4</sup> Con algunos matices, el ejemplo ha sido tomado de NELKIN, «Responsibility and Self-Deception: A Framework», *Humana.Mente*, (20), 2012, p. 131.

<sup>5</sup> Pormenorizadamente al respecto, TASLITZ, «Willfully Blinded: On Date Rape and Self-Deception», *Harvard Journal of Law & Gender*, (28), 2005, pp. 394 ss. Véase también FUNKHOUSER, *Self-deception*, 2019, p. 252.

que haber evitado su reiteración, y que, sin embargo, ha acabado autoengañándose en torno a su falta de verificación<sup>6</sup>. Por otra parte, es perfectamente posible que la adquisición de una creencia falsa venga determinada, de manera decisiva, por el deseo ansioso de que algo no sea el caso<sup>7</sup>. De ahí que, como se ilustrara con un ejemplo anterior, el autoengaño sea un mecanismo recurrente entre pacientes que sufren enfermedades graves<sup>8</sup>.

En otras ocasiones, el autoengaño podrá operar como una herramienta de protección de la autoestima, permitiéndole a la persona en cuestión preservar su buena imagen ante sí misma, lo que generalmente irá de la mano con generar o mantener esa impresión en terceros<sup>9</sup>. Por un lado, ello puede ocurrir cuando alguien se autoadscribe atributos o rasgos positivos de los que carece, pero también cuando alberga un optimismo o una ilusión de control infundados, en aras de alcanzar algún objetivo, tal cual habrá oportunidad de ver más adelante a propósito de ciertas prácticas en la cultura corporativa. De otra parte, también es posible que una persona niegue ciertos rasgos de su carácter o la connotación objetiva de algunos de sus comportamientos, cuando estos revelan estados afectivos evaluados de manera negativa por el entorno social o son condenables desde un plano normativo<sup>10</sup>. Un ejemplo paradigmático es el de quien se autoengaña acerca del odio discriminatorio que alberga con respecto a un grupo de la población y que, por ende, no está al tanto de que algunas de sus conductas (incluyendo las típicamente relevantes) satisfacen esa descripción. En un extremo emocionalmente opuesto, el autoengaño podría operar como una alternativa frente a la frustración y potencial desmoralización del agente, lo que se ilustrará en el último apartado con el ejemplo de las adicciones.

Especialmente importante es la relación entre autoengaño y la producción de engaños interpersonales<sup>11</sup>. En efecto, quien se ha convencido erróneamente a sí mismo de la veracidad de ciertos hechos –por ejemplo, a fuerza de repetir tantas veces un relato cuya falsedad, poco a poco, va perdiendo de vista–, es alguien que está mejor posicionado de cara a producir esa misma representación falsa en terceros. Ello, no solo porque resulta menos difícil abrazar y transmitir de manera consistente una información que se reputa veraz, en comparación con otra que se sabe falsa, sino también porque, en el evento de resultar descubierto el engaño, aquella persona, de buena o mala fe, posiblemente apelará a su propia ignorancia al respecto<sup>12</sup>. De hecho, no es

---

<sup>6</sup> Para ilustrarlo, MACKENZIE, «Self-Deception as a Moral Failure», *The Philosophical Quarterly*, (72-2), 2022, pp. 415 s., trabaja el ejemplo de una madre que, no adoptando el cuidado debido, se autoengaña respecto a la anorexia padecida por su hija. Para casos similares, véase, BARNES, *Seeing through Self-deception*, 1997, p. 175; JORDAN, «Instantaneous Self-deception», *Inquiry*, (65-2), 2019, p. 2.

<sup>7</sup> En detalle, JOHNSTON, «Self-Deception and the Nature of Mind», en MCLAUGHLIN/RORTY (eds.), *Perspectives on Self-Deception*, 1988, pp. 67 ss.; BARNES, *Seeing through Self-deception*, 1997, pp. 59 ss.

<sup>8</sup> Véase MELE, *Self-Deception Unmasked*, 2001, pp. 67 ss.; FUNKHOUSER, *Self-deception*, 2019, pp. 124 ss.

<sup>9</sup> Al respecto, MARTÍNEZ MANRIQUE, «Attributions of Self-Deception», *Teorema*, (26-3), p. 132; KRSTIĆ, «On the function of self-deception», *European Journal of Philosophy*, (29), 2021, p. 13.

<sup>10</sup> Detalladamente sobre ello, VENDRELL FERRAN, «Hostile Affective States and Their Self-Deceptive Styles», en MONTES SÁNCHEZ/SALICE (eds.), *Emotional Self-Knowledge*, 2023, pp. 215 ss., 221 ss.

<sup>11</sup> Sobre la función «intersubjetiva» del autoengaño, véase VON HIPPEL/TRIVERS, «The evolution and psychology of self-deception», *Behavioral and Brain Sciences*, (34), 2011, pp. 1 ss.; FUNKHOUSER, *Self-deception*, 2019, pp. 236 ss. Para su posible influencia como mecanismo de neutralización en la criminalidad corporativa, MCGRATH, «Self-deception as a technique of neutralisation: an analysis of the subjective account of a white-collar criminal Crime», *Law and Social Change*, (75), 2021, p. 419.

<sup>12</sup> Al puntualizar la necesidad de que, para atribuir dolo eventual al autor, este ha de representarse como reales las posibilidades de realizar el comportamiento típico, KÖHLER, *Strafrecht. Allgemeiner Teil*, 1997, pp. 163-164, ofrece un ejemplo que ilustra la variante de autoengaño expuesta en el texto principal: si un «prodigioso» inventor finge para sí mismo las posibilidades de utilización de su invento, las que en realidad son infundadas, de acuerdo con circunstancias fácticas que él también conoce, no actuará sin embargo con dolo de estafa (al vender, bajo esa

infrecuente que, en ocasiones, los mismos terceros engañados puedan llegar a dispensar un trato indulgente o menos severo a quien, después de todo, podría estimarse a la vez como una víctima de su propio engaño<sup>13</sup>.

En fin, otra de las múltiples funciones que puede desempeñar el autoengaño es la de posibilitar que quien lo padece se culpe a sí mismo por el comportamiento de otros o por eventos en los que no ha participado, lo cual podría contribuir a que terceros adopten esa misma actitud reactiva hacia aquel sujeto<sup>14</sup>. Si bien es cierto que ello podría resultar inusitado en un contexto jurídico-penal, la confesión de un inocente autoengañado –y, con ello, la configuración de un eventual delito contra la Administración de Justicia– es una posibilidad perfectamente concebible.

Aun cuando los escenarios bajo los cuales puede verificarse un autoengaño son múltiples, como se ha visto, todos ellos comparten un denominador común: se trata de ámbitos de la vida práctica que resultan relevantes para quien lo padece. De no exhibir alguna prestación, la persona en cuestión simplemente mantendría ajustadas sus creencias a la evidencia disponible, en vez de acudir a mecanismos de autoengaño, que generalmente le supondrán algún esfuerzo psicológico y, como más adelante se mostrará, un costo en términos de razonamiento práctico. Debido a este carácter instrumental, el autoengaño suele estimarse un fenómeno inherentemente selectivo<sup>15</sup>. Y de ahí que el surgimiento de una potencial responsabilidad (también jurídico-penal) pueda operar como un factor que contribuya a la producción y conservación de estados de autoengaño.

Junto con caracterizar fenomenológicamente el problema objeto de análisis, las disquisiciones previas han intentado anticipar y ejemplificar algunas de sus varias y diversas ramificaciones jurídico-penales. En atención al exiguo tratamiento teórico que ha recibido el autoengaño, el planteamiento metodológico adoptado en este trabajo priorizará asuntos de orden conceptual y estructural; no obstante ello, durante su desarrollo se discutirá casos ulteriores, mediante los cuales se ilustrará la posible configuración de supuestos de autoengaño en distintos segmentos de la parte especial. De lo avanzado hasta aquí, ya se dejan asomar algunos de los complejos problemas que este grupo de casos podría suscitar al interior de la teoría del delito, dificultades que hablan acerca de la necesidad e importancia de examinar las dimensiones jurídico-penales del autoengaño, un argumento escasamente explorado en la dogmática penal<sup>16</sup>.

---

representación errónea, su creación a un tercero). A propósito de este ejemplo, véase VAN WEEZEL, «Una vez más sobre la distinción entre dolo e imprudencia: los casos en que el agente no persigue la realización del tipo penal», *Revista de Ciencias Penales*, (47), 2020, p. 55, n. 32.

<sup>13</sup> Véase BACH, «An Analysis of Self-Deception», *Philosophy and Phenomenological Research*, (41), 1981, p. 358; HERTWIG/ENGEL, «Homo Ignorans: Deliberately Choosing Not to Know», en LOS MISMOS (eds.), *Deliberate Ignorance*, 2020, pp. 9 ss.

<sup>14</sup> KRSTIĆ, *European Journal of Philosophy*, (29), 2021, p. 14.

<sup>15</sup> Así, BERMÚDEZ, «Self-deception, intentions and contradictory beliefs», *Analysis*, (60), 2000, p. 317.

<sup>16</sup> Con todo, merecen destacarse algunas excepciones. Por ejemplo, considerándolo un caso de ignorancia o de falta de representación que podría reprocharse a título de dolo, PÉREZ BARBERÁ, *El dolo eventual. Hacia el abandono de la idea de dolo como estado mental*, 2011, p. 144, describe el autoengaño como el resultado de la conjunción de dos requisitos: «que averiguar la verdad sea muy fácil» y que ello «pueda traer aparejado algún efecto desagradable para quien la averigua». Por su lado, FEIJOO SÁNCHEZ, «La teoría de la ignorancia deliberada en Derecho penal: una peligrosa doctrina jurisprudencial», *InDret*, (3), 2015, p. 18, a propósito de la presencia de algún componente afectivo-emocional en la atribución de dolo, ha sostenido que el «auto-engaño o auto-instrumentalización» del agente no debiera atenuar su responsabilidad. Acogiendo una comprensión, al parecer, similar a la defendida por las «tesis particionistas» en torno al autoengaño –a las que aquí pronto se aludirá–, VARELA, *Dolo y error: una propuesta para una imputación auténticamente subjetiva*, 2016, p. 610, estima que quien se autoengaña es, «de algún modo, consciente de la evidencia, pero se las arregla como para ocultarse a sí mismo dicho conocimiento»; bajo la tesis favorecida por Varela, tales casos posibilitarían una «perfecta imputación ordinaria del conocimiento» (p. 612). Recientemente, SILVA SÁNCHEZ, *Derecho penal. Parte general*, 2025, 12/84, a propósito de la interrelación

Al respecto, la primera hipótesis investigativa reza como sigue: el autoengaño es ante todo un problema de imputación subjetiva. Para abordar dicha cuestión, se ofrecerá un análisis comparativo entre la estructura del autoengaño y la de los casos que dan lugar a una imputación a título de dolo o de imprudencia. A su vez, tal examen conducirá a delimitar el autoengaño de otros supuestos con los que podría guardar un parecido de familia: los de ignorancia deliberada. Tras lo anterior, y sobre la hipótesis adicional de que el autoengaño, eventualmente, también podría llegar a vincularse con categorías de la culpabilidad, se examinará algunos problemas seleccionados en materia de imputabilidad, conciencia de la antijuridicidad y exigibilidad de una motivación conforme a la norma. Ahora bien, puesto que todo ello presupone haber clarificado las condiciones bajo las cuales se verifica una genuina instancia de autoengaño –posibilidad conceptual que no está exenta de controversia–, dicho asunto será abordado inmediatamente a continuación, como paso previo al análisis dogmático recién proyectado.

## 2. Sobre la posibilidad de auténticas instancias de autoengaño

En términos generales, resulta relativamente sencillo explicar cómo una persona podría engañar a otra: la primera, que se halla (o cree hallarse) al tanto de un fragmento de la realidad, lo oculta o distorsiona de manera relevante, causando a ese respecto una representación errónea en la segunda persona. Pero, ¿cómo es posible que dicha maniobra sea ejecutada y padecida por un mismo sujeto? A pesar de que, según se ha visto, es perfectamente factible que supuestos de genuino autoengaño (también con relevancia jurídico-penal) se presenten en la vida cotidiana, como se notará enseguida, esta posibilidad no es autoevidente y ha de superar una potencial barrera conceptual, que, de ser efectiva, haría imposible articular el estado mental atribuible al agente autoengañado. Junto con delinear los contornos del grupo de casos que son abordados en este trabajo, el siguiente ejercicio de demarcación conceptual permitirá diferenciarlos de otros supuestos, en los que una imputación a título de dolo, al menos en principio, no debiera resultar excesivamente conflictiva.

Pues bien, sobre la base de que podrían venir en consideración al menos dos creencias distintas –por un lado, la original, que generalmente es una creencia verdadera, pero indeseada; y, por otro, la adquirida, que suele ser una creencia falsa, pero deseada–, la dificultad conceptual anticipada no es otra que la identificación del concreto estatus epistémico que ostentaría el agente al momento en que el autoengaño ha terminado de materializarse. En la literatura especializada se han explorado al menos cuatro alternativas al respecto: 1) la de no adscribir a dicho agente ninguna de las creencias en liza; 2) la de atribuirle tanto la creencia originaria como la adquirida vía autoengaño; 3) la de adscribirle solo la primera creencia, descartando la obtención de una nueva; 4) y, en fin, la de atribuirle exclusivamente la creencia producida vía autoengaño, que sustituiría a la primitiva<sup>17</sup>. A continuación, se abordarán estas cuatro

---

entre conocimiento y emoción, identifica en el autoengaño una posible manifestación de «razonamiento por motivos». Por otro lado, al hilo de la influencia que pueden ejercer las emociones a nivel cognitivo, se ha discutido bajo qué título cabría imputar un hecho a quien ha abrigado, con respecto a su no verificación, un pensamiento desiderativo (*wishful thinking*) –como se verá, una categoría usualmente vinculada al autoengaño–. Así, en el debate en torno a casos de confianza irracional, véase HÖRNLE, «Plädoyer für die Aufgabe der Kategorie „bedingter Vorsatz“», *JuristenZeitung*, (74), 2020, pp. 442 ss.; SILVA SÁNCHEZ, *PG*, 2025, 12/83; a propósito de su vínculo con la imprudencia, MOORE/HURD, «Punishing the Awkward, the Stupid, the Weak, and the Selfish: The Culpability of Negligence», *Criminal Law and Philosophy*, (2), 2011, pp. 155 ss. A lo largo del trabajo se aportarán ulteriores referencias sobre argumentos similares, discutidos, especialmente, en materia de imputación subjetiva.

<sup>17</sup> Sobre estas alternativas posibles, véase NELKIN, *Humana.Mente*, (20), 2012, p. 119; EDWARDS, «Nondoxasticism about Self-Deception», *Dialectica*, (67), 2013, pp. 267 ss.



posibilidades, consignando en cada caso las implicaciones que su asunción podría comportar a propósito de una potencial imputación a título de dolo.

Como acaba de señalarse, la *primera alternativa* es que el agente autoengañado no aloje ninguna de las creencias en juego. Aunque probablemente se trata de la tesis que menos simpatizantes ha captado entre quienes se han ocupado del problema, su plausibilidad se ha hecho descansar en la circunstancia de que el autoengañado versaría en una situación indeterminada, ya sea de duda, indecisión o de suspensión del juicio (esto es, habiendo decidido abstraerse y no adoptar postura alguna al respecto), o bien, en un estado intermedio entre una creencia y un deseo<sup>18</sup>.

De los cuatro planteamientos que se presentarán, el recién esbozado posiblemente sea el menos convincente. Pues, aun cuando el autoengaño, en principio, pudiera dar cuenta de una situación de tensión entre dos creencias, ese conflicto no puede permanecer como uno indefinidamente pendiente de resolver. De ser esto así, el engaño, como tal, no acabaría de fraguarse. Por lo demás, en los casos de duda no es que el agente abrace dos creencias contradictorias –«creo que *p* será el caso» y «no creo que *p* será el caso»<sup>19</sup>–, sino que más bien alberga una sola creencia (dubitativa) que contiene una disyuntiva –«creo que tanto *p* como no *p* podrían llegar a ser el caso»–. Dado que quien versa en duda tiene una razón epistémicamente fundada para no ejecutar el comportamiento prohibido (o bien, para ejecutar la acción debida), es posible estimar que, bajo un tal escenario, ya se dan las condiciones para una imputación a título de dolo eventual<sup>20</sup>. Después de todo, aquel agente no habrá incurrido en error alguno. Utilizando como banco de pruebas un ejemplo ya expuesto –«El examen médico»–, cabría adscribir dolo al paciente que, dudando de si contagiará un virus de transmisión sexual, condiciona causalmente una merma en la salud individual de un tercero.

La *segunda alternativa* respecto del estatus epistémico atribuible a la persona autoengañada postula que a esta han de adscribirse tanto la creencia original como la adquirida. De este modo, a diferencia de la primera tesis y de la que enseguida se analizará, esta postura sí razona sobre la base de que el autoengaño es un proyecto mentalmente posible. Para ello, sin embargo, dicho grupo de planteamientos traslada al autoengaño el esquema del engaño interpersonal, con la obvia modulación de que, en este caso, el agente que produce el engaño y aquel que lo padece serían la misma persona<sup>21</sup>. Para explicar lo anterior, bajo alguna modalidad de lo que se ha denominado «particionismo psicológico», estas tesis suelen atribuir al agente dos creencias contradictorias: una de ellas –abrazada fenoménicamente– sería reconocible en la «superficie» de sus cogniciones, mientras que la otra, en cambio, reposaría en un nivel inferior, solo de manera inconsciente (e incluso, según algunos, inaccesible)<sup>22</sup>. Quienes patrocinan dicho modelo explicativo del autoengaño estiman que su principal prestación consistiría en permitir que se

<sup>18</sup> Para una tesis revisionista orientada en dicha línea, véase EGAN, «Imagination, Delusion, and Self-Deception», en BAYNE/FERNÁNDEZ (eds.), *Delusions, Self-Deception, and Affective Influences on Belief-formation*, 2010, pp. 275 s.

<sup>19</sup> En lo sucesivo, para supuestos en que no se especifique, por «*p*» cabrá entender una proposición cualquiera.

<sup>20</sup> Véase ya BINDING, *Die Normen und ihre Übertretung*, t. IV, 1965 (reimp. original 1919), pp. 420 ss. Al respecto, también, RAGUÉS I VALLÈS, *El dolo y su prueba en el proceso penal*, 1999, pp. 163 s.; STUCKENBERG, *Vorstudien zu Vorsatz und Irrtum im Völkerstrafrecht*, 2007, pp. 289 s.

<sup>21</sup> Para dicho modelo, paradigmático, DAVIDSON, *Problems of Rationality*, 2004, pp. 210 ss.; véase asimismo HANSON, *Thinking about Addiction*, 2009, p. 54.

<sup>22</sup> Véase McLAUGHLIN, «Exploring the Possibility of Self-Deception in Belief», en McLAUGHLIN/RORTY (eds.), *Perspectives on Self-Deception*, 1988, pp. 48 ss. En el debate penal angloamericano, véase GARVEY, «What's Wrong with Involuntary Manslaughter?», *Texas Law Review*, (85), 2006, p. 377: «el agente está autoengañado ya que, aunque cree que *p*, mantiene esa creencia inconscientemente, y lo hace inconscientemente, porque no quiere ser consciente de ello». En esa dirección, también MOORE/HURD, *Criminal Law and Philosophy*, (2), 2011, p. 156.

responsabilice al agente «engañador» por aquello que este mismo ha realizado en posición de agente «engañado». Aplicada esta tesis al ejemplo trabajado, cabría nuevamente adscribir dolo al paciente que contagia a otro un virus de transmisión sexual, pues, al menos «en parte», seguiría estando al tanto de ese aspecto de la realidad.

La principal objeción que enfrenta la alternativa recién descrita descansa justamente en cuán difícil de configurar sería el estatus epistémico que pretende atribuirse al autoengaño. Así, bajo el rótulo «paradoja estática», suele cuestionarse la posibilidad de que alguien pueda adquirir consistentemente una creencia falsa, y, sin embargo, seguir conservando intacta la creencia inicial, verdadera y opuesta. Pues, si el agente permanece al tanto del engaño, aunque sea en un nivel inferior de consciencia, de nuevo, el engaño no habrá terminado de configurarse<sup>23</sup>. Por lo demás, si se sigue adscribiendo al agente la creencia inicial indeseada, ya no es posible explicar supuestos perfectamente factibles de autoengaño, en los que el agente ha instrumentalizado su memoria a partir de alguna estratagema<sup>24</sup>. Para ilustrarlo, considérese el siguiente ejemplo:

«La libreta manipulada». El policía P registra en su libreta de trabajo ciertos eventos a sabiendas de que son falsos, perdiendo de vista dicha falsedad tiempo después, debido a su similitud con varios casos posteriores que también llegarían a su conocimiento. Así, dos años más tarde, cuando P es llamado a prestar declaración por los hechos primitivos, sin notarlo, ofrece un relato abiertamente falso acerca de lo ocurrido, que involucra a sujetos distintos de los realmente implicados<sup>25</sup>.

En otro orden de ideas –pero aún a propósito de la segunda tesis en examen–, si bien no tendría que resultar en absoluto extravagante la posibilidad de que a un agente se atribuya uno o más contenidos mentales que no son abrazados bajo estados de consciencia representacionales o explícitos –circunstancias fácticas que, sin embargo, todavía podrían imputarse a título de dolo, de suscribirse la posibilidad de una «co-consciencia» al respecto<sup>26</sup>, o de manejarse una noción de «consciencia disposicional»<sup>27</sup>–, lo realmente conflictivo, bajo la postulación de un particionismo psicológico, es el hecho de atribuir simultáneamente al agente dos creencias contradictorias. Ello no solo es problemático en términos de «desintelectualizar» un mecanismo que es perfectamente adoptable de forma estratégica, sino también porque, desde un plano jurídico-penal, tendría que conducir inmediatamente a cuestionar la imputabilidad de una persona de quien tácitamente se estaría predicando tener, si no personalidades múltiples, una mente dividida<sup>28</sup>.

<sup>23</sup> Fundamental, MELE, *Self-Deception Unmasked*, 2001, pp. 59 ss. Véase ya LINEHAN, «Ignorance, Self-deception and Moral Accountability», *The Journal of Value Inquiry*, (16), 1982, pp. 103 s.

<sup>24</sup> Al respecto, véase MCLAUGHLIN, en MCLAUGHLIN/RORTY (eds.), *Perspectives on Self-Deception*, 1988, pp. 31 ss. Asimismo, VON HIPPEL/TRIVERS, *Behavioral and Brain Sciences*, (34), 2011, p. 6, sobre procesos autoinducidos de producción de recuerdos falsos.

<sup>25</sup> La base del caso ha sido tomada de DEWEESE-BOYD, «Self-Deception», en ZALTA/NOELMAN (eds.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, 2023. Para ejemplos estructuralmente similares, véase MCLAUGHLIN, en MCLAUGHLIN/RORTY (eds.), *Perspectives on Self-Deception*, 1988, p. 31; MELE, *Self-Deception Unmasked*, 2001, p. 16.

<sup>26</sup> Para la noción de co-consciencia, véase PLATZGUMMER, *Die Bewußtseinsform des Vorsatzes*, 1964, pp. 81 ss. Para su ponderación, véase RAGUÉS I VALLÉS, *El dolo y su prueba en el proceso penal*, 1999, pp. 513 ss.; ROXIN/GRECO, *Strafrecht. Allgemeiner Teil*, t. I, 5ª ed., 2020, 12/123.

<sup>27</sup> Sobre la noción de consciencia disposicional, en el contexto de la imprudencia, véase MOORE/HURD, *Criminal Law and Philosophy*, (2), 2011, pp. 154 ss.; GONZÁLEZ LILLO, «(Re)consideraciones sobre la llamada imprudencia “inconsciente”», *InDret*, (2), 2019, pp. 17 ss. Por contraste a una consciencia de carácter «fenoménica», en la «disposicional» el agente no necesita representarse explícitamente aquello de lo cual es consciente, en la medida en que la información con la que dispone sirva actual y efectivamente como guía de comportamiento.

<sup>28</sup> Críticamente, ya JOHNSTON, en MCLAUGHLIN/RORTY (eds.), *Perspectives on Self-Deception*, 1988, p. 82.

La *tercera alternativa* consiste en adscribir al autoengaño únicamente la creencia originaria. En los casos paradigmáticos de autoengaño, esta última se ajusta a la realidad, pero a la vez resulta indeseada para el propio agente. Si bien pueden ser diversas las razones acerca de por qué, para quienes patrocinan esta tesis, solo cabría adscribir al autoengaño la creencia primigenia, lo que comparten tales planteamientos es una evidente suspicacia frente a la posibilidad –bajo esa perspectiva, siempre frustrada– de que dicha persona *realmente* haya podido autoengañarse.

Entre aquellas posturas cabe aquí destacar, en primer lugar, la que atribuye al autoengaño una falta de sinceridad consciente para consigo mismo. Desde esa perspectiva, se ha podido sostener que una cosa es lo que declara la persona y otra cosa distinta es lo que –dicho metafóricamente– «en el fondo de su corazón» seguiría creyendo<sup>29</sup>. Bajo su versión más radical, esta tesis presenta el autoengaño como una simulación, donde el agente simplemente fingiría que la realidad es de tal o cual manera<sup>30</sup>. Un innegable punto a favor de esa tesis es su correlato con nuestras prácticas cotidianas y su parecido de familia con otros fenómenos psicológicos ampliamente estudiados, como es la noción de negación<sup>31</sup>. Con todo, es justamente la condición de sinceridad, presupuesto fundamental del autoengaño, lo que impide que este pueda reducirse a una mera herramienta de simulación<sup>32</sup>. En efecto, solo puede simular quien está consciente de la discrepancia entre lo que piensa o declara, por una parte, y la realidad objetiva, por otra; al contrario, el autoengaño exige que el agente haya perdido de vista la falsedad de lo que ahora *genuinamente* cree. Por ejemplo, la persona que solo simula no haber contraído un virus de transmisión sexual, probablemente, no llevará tan lejos su simulación hasta el punto de no procurarse un tratamiento médico.

Otra vía de negar que el autoengaño albergue la creencia deseada es sostener que, respecto a esa posible configuración del mundo, este no abrazaría más que un pensamiento desiderativo (*wishful thinking*)<sup>33</sup>. Por este último cabe entender el deseo de creer que algo sea el caso. Ilustrado de nuevo con uno de los ejemplos de base: al abrazar un pensamiento desiderativo, el paciente no solo desearía no ser portador de un virus de transmisión sexual, sino que además desearía creer que no lo es. Como es de apreciar, el pensamiento desiderativo se encuentra notablemente próximo a una ilusión<sup>34</sup>. Sin embargo, y justamente por lo anterior, es un estado mental donde predomina lo volitivo por sobre lo cognitivo<sup>35</sup>. Cuando abriga un pensamiento desiderativo, el

<sup>29</sup> Así, AUDI, *Action, Intention and Reason*, 1993, p. 214: «(...) a nivel de sus declaraciones sobre sus emociones y su comportamiento superficial, [el agente] se deja engañar. Sin embargo, no acaba de creerse lo que dice».

<sup>30</sup> El vínculo entre autoengaño, simulación y mala fe puede rastrearse a la obra de SARTRE, *El ser y la nada*, 1993, pp. 81 ss. Para la conceptualización del autoengaño como simulación, véase también GENDLER, «Self-Deception as Pretense», *Philosophical Perspectives*, (21), 2007, pp. 233 s.

<sup>31</sup> En la negación, de acuerdo con FREUD, «La negación (1925)», en GERMAIN (rev.), *Sigmund Freud. Obras completas*, t. II, 1968, pp. 1134 ss., se produce un alzamiento del pensamiento reprimido, aunque no por ello una aceptación de lo reprimido. Como mecanismo de defensa, la negación permite al agente gestionar ciertos sucesos como si no fueran el caso. En la discusión jurídico-penal, VARELA, *Dolo y error*, 2016, pp. 606, 612, considera que, en los casos de «tozudez en la negación de la realidad», debiera proceder aún una imputación a título de dolo. Sin embargo, como se apunta en el texto principal, mientras la negación siga siendo consciente, precisamente, no acabará de configurarse un autoengaño, y de ahí que este último no quepa ser tratado de manera análoga a aquellos casos en que el agente simplemente no quiere aceptar lo que ya sabe.

<sup>32</sup> Véase MELE, *Self-Deception Unmasked*, 2001, pp. 85 ss.; FUNKHOUSER, *Self-deception*, 2019, pp. 79, 184.

<sup>33</sup> Para una vinculación especialmente íntima entre ambas nociones, véase JOHNSTON, en McLAUGHLIN/RORTY (eds.), *Perspectives on Self-Deception*, 1988, pp. 67 ss.

<sup>34</sup> DAVIDSON, *Problems of Rationality*, 2004, p. 206: «en el pensamiento desiderativo la creencia toma la dirección del afecto positivo, nunca del negativo», como, en cambio, eventualmente puede ocurrir en el autoengaño.

<sup>35</sup> El pensamiento desiderativo pareciera exhibir –utilizando terminología introducida por SEARLE– una dirección de ajuste «mundo-a-mente», propia de los deseos e intenciones, pues el mundo tendría que adaptarse a cómo la mente del sujeto quiere o pretende que aquel sea. Se distingue, entonces, de una creencia, cuya dirección de ajuste

agente no termina de adquirir un compromiso epistémico a favor de lo que quiere que sea el caso, en términos tales que, por ello, resulte pertinente predicar la veracidad o falsedad de aquel estado mental. En la dogmática penal, esta constatación aparece refrendada por la premisa –desde hace tiempo, sólidamente afianzada– de acuerdo con la cual, aun bajo la (hoy controvertida) hipótesis de que resultara pertinente acoplar al dolo un componente volitivo, este no habría de confundirse con un mero deseo<sup>36</sup>. Por otra parte, quien alberga la ilusión de que algo sea el caso no necesita adoptar ningún mecanismo estratégico que le permita contemplar dicha posibilidad; con ello, no requiere un tratamiento sesgado de la evidencia disponible, como sí el autoengaño, en tanto que modalidad de engaño. Esta última consideración halla cierta correspondencia con un argumento proveniente de la dogmática de la estafa. Tratándose de mentiras abiertamente burdas, que hacen inverosímil que una persona promedio pueda resultar engañada –como ocurre paradigmáticamente con los llamados «productos milagro»–, se ha podido sostener, con razón, que la ausencia de un engaño típico descansaría precisamente en el hecho de que ha sido la «víctima» quien se ha autoengañado, por la vía de «comprar una ilusión»<sup>37</sup>.

Como ha intentado mostrarse, el autoengaño no admite reducirse a un simple ejercicio de simulación ni tampoco a un pensamiento desiderativo, pues una nota distintiva de aquel es que quien lo padece adquiere una creencia errónea. Por ello, si tales maniobras no pasan de una actitud emocional que el agente asume ante un potencial evento desagradable, tampoco tendrán la virtud de eliminar la representación indeseada que este albergaba al respecto. En dicho sentido, ya por una razón de carácter conceptual cabría favorecer una imputación a título de dolo en tales casos. Con todo, lo anterior no obsta al reconocimiento de otro factor adicional que podría explicar por qué, eventualmente, a un sujeto acabaría adscribiéndose solo la creencia verdadera indeseada, aun cuando este declarara haberse distanciado de ella. Dicho factor puede asociarse a la baja credibilidad del autoengaño invocado. Semejante dificultad, que es de índole probatoria, atraviesa precisamente a otro conocido y problemático grupo de casos discutidos al interior de la dogmática del dolo: los de confianza irracional<sup>38</sup>. En estos últimos no es en absoluto inusual que el alegato consistente en haber confiado en que las cosas irían bien (o que no saldrían mal) se deseche al tratarse de un pronóstico abiertamente infundado<sup>39</sup>. En otros casos, la inverosimilitud del desconocimiento aducido por el agente puede conducir a que se descarte una hipótesis de genuina ignorancia deliberada, imputándose el hecho también a título de dolo eventual<sup>40</sup>. Como se ha prevenido, algo similar podría llegar a ocurrir con ciertos supuestos de

---

«mente-a-mundo», determina que, para que aquella sea verdadera, es la mente del sujeto la que tendría que ceñirse a cómo el mundo efectivamente es. Véase SEARLE, *Making the Social World*, 2010, pp. 27 ss.

<sup>36</sup> Véase ya VON LISZT, *Tratado de Derecho penal*, t. II, 1917, p. 411. Al respecto, KÖHLER, AT, 1997, p. 163; MIR PUIG, *Derecho penal. Parte general*, 10ª ed., 2016, 10/101; ROXIN/GRECO, AT, t. I, 5ª ed., 2020, 12/40.

<sup>37</sup> Así, PASTOR MUÑOZ, «Caso de las pastillas adelgazantes», en SÁNCHEZ-OSTIZ (coord.), *Casos que hicieron doctrina en el Derecho penal*, 2011, pp. 310 ss., con referencias además a ARZT, quien acuña la frase citada. Como se aprecia, el símil entre dicho argumento y el aquí abordado radica en la posibilidad de responsabilizar a quien, al no haber adoptado medidas de cuidado (de autoprotección), se habría dejado engañar (a sí mismo).

<sup>38</sup> HÖRNLE, JZ, (74), 2020, pp. 442, 444, establece un vínculo entre la noción de pensamiento desiderativo y los casos de confianza irracional, ilustrándolo con el ejemplo de un esquiador que confía excesivamente en sus capacidades y que, por eso, piensa que no lesionará a nadie en la pista, lo que, sin embargo, termina ocurriendo.

<sup>39</sup> Al respecto, RAGUÉS I VALLÈS, «Irracionalidad de la confianza y dolo eventual», en DE VICENTE REMESAL *et al.* (dirs.), *LH Luzón Peña*, 2020, p. 984, quien, junto con distinguir diversos escenarios de confianza irracional, subraya la necesidad de diferenciar el distinto nivel de problemas involucrados en torno al dolo: el probatorio y el conceptual.

<sup>40</sup> Sobre la fijación procesal del dolo y la ignorancia deliberada, véase RAGUÉS I VALLÈS, *La ignorancia deliberada en Derecho penal*, 2007, pp. 128 ss.; MANRIQUE, «Ignorancia deliberada y responsabilidad penal», *Isonomía*, (40), 2014, p. 166; FEIJOO SÁNCHEZ, *InDret*, (3), 2015, pp. 8 ss.; RÖNNAU/BECKER, «Vorsatzvermeidung durch Unternehmensleiter bei betriebsbezogenen Straftaten», *Neue Zeitschrift für Strafrecht*, (10), 2016, pp. 172 s.

autoengaño. Sin embargo, de lo anterior no cabría desprender la imposibilidad conceptual del mismo, ni tampoco cabría descartar el hecho de que, bajo ciertas circunstancias, la ilusión ingenua pero honesta, o la recalcitrante falta de aceptación de un aspecto de la realidad, sí acaben por exceder los contornos de un mero deseo, para devenir en la asunción de un efectivo compromiso epistémico al respecto. En un clásico trabajo, CLIFFORD ofrecía un verosímil ejemplo de ello:

«La embarcación averiada». El propietario de un barco está a punto de enviarlo a navegar. En principio, él sabía que el navío era viejo y que a menudo tenía que ser reparado. Sin embargo, las dudas de que el barco no fuese seguro le generaron preocupación, por el alto costo de las reparaciones y por tener que reembolsar a los pasajeros las tarifas pagadas. Desde entonces, el armador empezó a persuadirse de que el barco ya había superado varias tempestades en viajes previos; despejó de su mente todas las sospechas sobre la honestidad de quienes lo construyeron; puso su fe en que Dios protegería a esas familias, que buscaban mejores oportunidades lejos de su patria; y, de ese modo, «adquirió una sincera y reconfortante convicción de que su embarcación era completamente segura y navegable»<sup>41</sup>.

Las consideraciones previas han preparado el terreno para explorar una *cuarta alternativa*. Bajo este último punto de vista, al momento en que ha terminado de materializarse el autoengaño, al agente solo cabría adscribir la creencia deseada y errónea, mas no así la verdadera e indeseada, que ha sido abandonada<sup>42</sup>. En ese instante ya habrá operado el mecanismo que suprimió la creencia originaria, tornándola inaccesible, al menos de manera inmediata, para ese mismo agente<sup>43</sup>. Precisamente para que no se verifique la llamada «paradoja estática», es imprescindible que, transcurrido cierto periodo, el autoengañado pierda de vista tanto la falsedad de la creencia adquirida como el hecho de haber predispuesto o dejado que operase ese mecanismo supresor<sup>44</sup>. Por cierto, esta última circunstancia impide que el agente autoengañado pueda caracterizarse con exactitud como alguien que se «miente a sí mismo», pues la mentira implica saber que lo que se dice es falso, amén de que no siempre producirá una creencia errónea –se puede «mentir sin (conseguir) engañar»–; en cambio, el autoengaño, en tanto que especie de engaño, exige la producción de una creencia errónea, pero sin que se precise la intención actual de generar dicho resultado<sup>45</sup>. Dadas estas condiciones, se podrá verificar entonces un autoengaño real y efectivo, lo que, como se ha insistido, no es hacedero si sigue atribuyéndose al autoengañado la creencia verdadera e indeseada –como sugieren la segunda y la tercera de las alternativas analizadas–.

Ahora bien, es crucial prevenir que el hecho de atribuir al agente la creencia errónea y deseada –descartándose, por ende, adscribirle la creencia verdadera e indeseada como una *actualmente* tenida por este– en modo alguno supone asumir que esa persona también ostentaría una competencia primaria en dicho ejercicio adscriptivo. Si no hay suficientes indicios que permitan

<sup>41</sup> CLIFFORD, *Lectures and Essays*, t. II, 1901, pp. 163 s.

<sup>42</sup> BARNES, *Seeing through Self-deception*, 1997, pp. 98 ss.; MELE, *Self-Deception Unmasked*, 2001, p. 51.

<sup>43</sup> El rótulo «mecanismo supresor de conocimiento» ha sido acuñado por MARTÍNEZ MANRIQUE, *Teorema*, (26-3), 2007, pp. 133 ss., y es empleado aquí en clave puramente descriptiva, pues no supone un compromiso a favor del carácter intencional de su puesta en marcha, ni de la presencia de una multiplicidad de agentes o mentes divididas.

<sup>44</sup> Cuánto tiempo ha de transcurrir para que pueda operar un genuino autoengaño, por supuesto, dependerá de cada caso. Incidirán, por ejemplo, factores como cuán arraigada esté la creencia original; el estado emocional del agente; su facilidad para olvidar eventos o su capacidad para recordarlos; la sistematicidad de las maniobras persuasivas, etcétera. Cabe registrar, sin embargo, una tesis minoritaria de acuerdo con la cual sería posible, al menos conceptualmente, un «autoengaño instantáneo». Al respecto, véase JORDAN, *Inquiry*, (65-2), 2019, pp. 8 ss.

<sup>45</sup> Para un refinado contraste entre los conceptos de mentira y engaño, véase CARSON, *Lying and Deception*, 2010, pp. 54 s., quien también discute la posibilidad (menos pacífica) de «engañar sin mentir», es decir, de que una persona pueda crear en otra una representación errónea, aun cuando la primera esté afirmando algo verdadero.

tener por objetivamente acreditada la plausibilidad de haber operado aquel mecanismo supresor, sencillamente, no podrá adscribirse al sujeto el estatus de autoengañado<sup>46</sup>. Por supuesto, y como fuera anticipado, la objetividad de la operación no excluye la posibilidad de que –en contra de lo que inicialmente pudiera parecer– el agente sí esté en condiciones de ofrecer un esquema alternativo de racionalización de su conducta, que torne verosímil el autoengaño. En el caso «El examen médico», ciertas circunstancias aún podrían hacer creíble el alegato de un paciente que, después de un tiempo, realmente se ha persuadido de no ser portador de un virus de transmisión sexual. Por ejemplo: que no buscó un tratamiento médico durante ese periodo; que su estado de salud no se vio deteriorado; la falta de seguimiento de su caso en el centro médico; la lectura de múltiples comentarios negativos sobre el lugar donde se emitió su informe; una reconstrucción sesgada de su historial sexual; o, en fin, el haber mantenido relaciones sexuales con otra persona, a quien bajo ningún motivo habría querido contagiar<sup>47</sup>. Ahora bien, como se verá en el siguiente apartado, que ese sujeto haya adquirido una creencia errónea al respecto, es analíticamente independiente de las razones que le han conducido a autoengañarse (verbigracia: no modificar su vida sexual, sus convicciones morales, el temor a la muerte, no defraudar a terceros, etcétera). Ello, por supuesto, no significa afirmar que tales razones sean irrelevantes de cara a un potencial reproche jurídico-penal, sino solo que su nivel de referencia no es uno de carácter conceptual.

Hasta aquí el examen de las condiciones conceptuales para una genuina instancia de autoengaño. Con este análisis se ha intentado, por un lado, contribuir a perfilar el problema objeto de estudio, delimitándolo de otro grupo de casos que, en su mayoría, no debieran generar (tantas) dificultades a la hora de sustentar una imputación a título de dolo; por otra parte, se ha pretendido dar cuenta de que, si bien el autoengaño reviste una estructura compleja, este último dista de ser un fenómeno misterioso y extravagante, pudiendo llegar a repercutir en múltiples y heterogéneos contextos de relevancia jurídico-penal.

### 3. Autoengaño y criterios de imputación subjetiva

Desde el prisma del Derecho penal, la pregunta fundamental que suscita el autoengaño concierne al lugar sistemático que su problematización habría de ocupar al interior de la teoría del delito, junto con su relación y delimitación de otras categorías cuya discusión dogmática se halla más extendida. Para ello, según fuese anticipado, se abordará primero su vínculo con los criterios tradicionales de imputación subjetiva.

#### 3.1. Autoengaño e imputación a título de dolo

Como se ha examinado en el apartado anterior, los auténticos casos de autoengaño presuponen que la situación epistémica del agente no quede asociada a una estrategia de simulación, ni que se adscriba a este la mera ilusión o confianza irracional de que las cosas resultarán ser de un modo distinto al que efectivamente cree. Pues, aunque ello pudiera llegar así en múltiples escenarios, no se resolvería en absoluto el problema que representan las genuinas instancias de autoengaño. En efecto, recuérdese que quien se encuentra en una posición de efectivo autoengaño es una persona que, al momento de ejecutar el comportamiento típico, ya se ha

---

<sup>46</sup> Para un desarrollo pormenorizado acerca de la objetividad de la atribución de estados mentales en el contexto de una imputación jurídico-penal, véase STARK, *Culpable Carelessness*, 2016, pp. 99 ss., 114 ss.

<sup>47</sup> Analizar las demás creencias y conductas del agente supuestamente autoengañado puede contribuir a detectar una «sinceridad puramente superficial». Al respecto, véase FINGARETTE, *Self-Deception*, 2000, pp. 49 ss.

despojado de aquella base cognoscitiva que, según una tesis todavía mayoritaria (aunque lejos de ser unánime), es necesaria para fundamentar una imputación a título de dolo.

Si bien este trabajo se ha enfocado en los problemas que podría suscitar el autoengaño respecto de comportamientos posteriormente típicos, ello no significa que el que recae en eventos ya acaecidos carezca siempre de importancia. Por ejemplo, quien, teniendo el deber de denunciar un hecho, no lo hizo cuando tomó conocimiento del mismo, y, posteriormente, continuó sin hacerlo, pero porque se autoconvenció acerca de su falta de verificación, es alguien que, en efecto, no podrá apelar a un error de tipo referido a ese mismo hecho, pues al respecto dispuso de una capacidad actual de evitación, fundante de dolo. Por el contrario, el autoengaño que reconstruye eventos acaecidos sí podría ser relevante, tratándose de casos en que la omisión se refiere a hechos distintos, o cuando el respectivo garante aún debe impedir que se reitere la acción productiva de cierto resultado. A ello justamente apunta «El dilema familiar», ejemplo ofrecido al inicio de este trabajo.

Como se ha visto, debido a la propia estructura del autoengaño, la viabilidad de una imputación a título de dolo en este grupo de constelaciones enfrenta una dificultad conceptual evidente. Sin embargo, excluir dicha posibilidad es una solución que, al menos de manera preliminar, podría resultar insatisfactoria desde un plano valorativo. De ahí que sea pertinente evaluar, cuando menos, dos posibles vías a través de las cuales, superándose la dificultad antes descrita, pudiera llegar a sustentarse una imputación a título de dolo en estos casos.

La primera opción consiste derechamente en renunciar a la premisa de la que se deriva aquella conclusión. Por ejemplo, la tesis podría formularse del siguiente modo: la base representacional, tradicionalmente ligada al dolo, pudiendo servirle de refuerzo en algunos casos, sin embargo, no es imprescindible a tal efecto. Una propuesta así orientada podría ganar plausibilidad en códigos penales que no contienen una definición de dolo (y todavía más, en aquellos que carecen de una regulación explícita e inequívoca del error de tipo, tal cual sucede, por ejemplo, con el Código penal chileno). Ahora bien, como podrá apreciarse, el compromiso teórico que ha de asumir esa estrategia dista de ser exiguo, pues implica, ni más ni menos, que una redefinición del dolo, cuya nota definitoria –puesta asimismo en duda, y desde hace tiempo, la pertinencia de un elemento volitivo– tendría que buscarse en aspectos de otra índole. En todo caso, ese potencial quiebre con el concepto tradicional de dolo no representa una novedad en el debate especializado, en atención a la sobradamente conocida, pero aún altamente encendida y muy compleja polémica en torno a la ignorancia deliberada. Es al hilo de esta última discusión que se han propuesto diversas alternativas para compensar la ausencia de un componente cognoscitivo.

A modo ilustrativo, y sin ninguna pretensión de exhaustividad, algunas de tales propuestas discurren a grandes rasgos por las siguientes sendas: 1) atender a factores de carácter actitudinal, como la indiferencia o la enemistad hacia el derecho que manifestaría el agente al ignorar ciertos hechos relevantes que son de su incumbencia<sup>48</sup>; 2) apelar a los fines de la pena, de manera tal que una sanción a título imprudente de estos hechos no termine por premiar al agente que ha preordenado su ignorancia, especialmente cuando su motivación ha sido obtener algún beneficio indebido o eludir una eventual responsabilidad<sup>49</sup>; 3) o bien, imputar a título de dolo la infracción

---

<sup>48</sup> Véase, respectivamente, JAKOBS, «Indiferencia como dolo indirecto», en ZUGALDÍA ESPINAR/LÓPEZ BARJA DE QUIROGA (eds.), *LH Bacigalupo*, 2004, pp. 349 ss.; PAWLIK, *Das Unrecht des Bürgers. Grundlinien der Allgemeinen Verbrechenlehre*, 2012, pp. 394 s., 404 ss.

<sup>49</sup> En esa dirección, RAGUÉS I VALLÈS, *La ignorancia deliberada en Derecho penal*, 2007, pp. 171 ss., 183 ss., 205 ss.

grave (por epistémicamente injustificada) de deberes de conocimiento, sobre la base de que la diferencia entre el injusto doloso y el imprudente sería de índole estrictamente cuantitativa<sup>50</sup>.

El instrumental teórico en que descansa cada una de las propuestas aquí apenas enunciadas merecería un análisis diferenciado. No obstante, en aras de no desbordar el marco del presente trabajo, solo se registrará algunas razones de por qué, para el grupo de casos que aquí interesa, una imputación a título de dolo podría seguir siendo conflictiva. En primer lugar, aunque un Derecho penal del hecho resultara compatible –por mor del argumento– con asignar relevancia a la actitud interna adoptada por el autor, este no podrá acabar de expresar una postura de hostilidad frente a la norma, si es que desconoce estar realizando las circunstancias fácticas en que descansa la concreta antinormatividad de su conducta. Además, particularmente en los casos de autoengaño, antes que un desinterés por conocer, o de una postura de enemistad frente al derecho, lo habitual, más bien, será identificar en el agente autoengañado un interés por abstraerse de una realidad ya conocida, a la par que un conflicto consigo mismo (y no tanto con otros). En segundo término, si bien el carácter estratégico del desconocimiento padecido acaso podría reclamar relevancia al distinguirse internamente entre una y otra clase de comportamiento contrario a cuidado, las razones que explican por qué el agente ha preordenado su desconocimiento no están en condiciones de equiparar su situación con la de quien ha obrado con pleno conocimiento. Por lo demás, la calidad de los motivos es un aspecto que no incide directamente en la capacidad de evitación atribuible al agente. De ahí que, no por «altruista», el dolo deje de ser tal<sup>51</sup>. En todo caso, este último argumento ha de entenderse bajo la reserva de que, como pronto se verá, las consideraciones relativas al sentido (y eventual fracaso) de la pena todavía podrían tener algo que decir, incluso si no resultara procedente una imputación a título de dolo. En fin, aunque sea certero afirmar que la imputación subjetiva es una pregunta en torno a la capacidad de evitación del agente, esta última aptitud resultará ser cualitativamente distinta, dependiendo de qué es aquello de lo que el agente se encontraba al tanto: de si un *concreto* comportamiento suyo ejemplificaría las circunstancias fácticas descritas en un tipo delictivo, o de si ha dejado de adoptar medidas que asegurarían su capacidad indirecta (o de segundo orden) de estar en condiciones de, llegado el momento y en caso de proponérselo, abstenerse de ejecutar *algún* comportamiento típico, cuyos contornos precisos todavía ignora<sup>52</sup>.

Las dificultades recién planteadas hacen pertinente explorar una segunda vía a través de la cual las constelaciones aquí analizadas podrían sustentar una imputación a título de dolo. Para ello, sin embargo, tendría que concederse un rol protagónico al hecho de que, a diferencia de los supuestos ordinarios de imprudencia, en los casos paradigmáticos de autoengaño el agente sí disponía de una representación de los hechos que, de haber conservado en el momento típicamente relevante, habría sido total o parcialmente suficiente para adscribirle dolo.

Ahora bien, que tenga sentido evaluar la alternativa recién enunciada exige insistir en lo siguiente: el momento en que empieza a operar el mecanismo supresor materializado en autoengaño no cuenta como una tentativa del respectivo tipo de delito. Esta precisión es necesaria de cara a distinguir

<sup>50</sup> Véase PÉREZ BARBERÁ, «¿Dolo como indiferencia? Una discusión con Michael Pawlik sobre ceguera ante los hechos e ignorancia deliberada», *En Letra: Derecho penal*, (11), 2021, pp. 101 ss., 120 ss.

<sup>51</sup> Así, GRECO, «Comentario al artículo de Ramon Ragués», *Discusiones*, (13), 2013, p. 73; PÉREZ BARBERÁ, *En Letra: Derecho penal*, (11), 2021, p. 109.

<sup>52</sup> Que el control presupone una base epistémica, o que un control no será completo sin esta última, lo muestra el hecho de que podría generarse una regresión al infinito de «deberes epistémicos» quebrantados y, sin embargo, no obtenerse una base para su imputación, si es que el agente desconocía las circunstancias fácticas en que se fundaba su quebrantamiento.



estructuralmente los casos aquí examinados de aquellos otros en que, a pesar de que el dolo no se mantiene durante toda la fase ejecutiva, sí estuvo presente en su inicio<sup>53</sup>.

Lo anterior denuncia la posibilidad de que el instrumental teórico desarrollado a partir de la *actio libera in causa* (en adelante, *alic*) quizá pueda contribuir a la comprensión y tratamiento de las incógnitas que suscitan los casos de autoengaño. Para ello, por cierto, habría de adoptarse una concepción amplia de *alic*, esto es, comprenderla como una estructura de imputación, y no solo como una figura, radicada tradicionalmente a nivel de imputabilidad<sup>54</sup>. Aquello que posibilitaría el nexo entre ambos tópicos no sería otra cosa que la identificación de dos momentos relevantes: la presencia de una *actio praecedens*, que provoca un déficit epistémico en el agente<sup>55</sup>, y la de una *actio subsequens*, representada por el comportamiento típico ejecutado bajo tales condiciones deficitarias.

En este contexto teórico, la hipótesis estipulada podría ganar notablemente en plausibilidad de llegar a defenderse una solución ligada al modelo del tipo (denominado también modelo de la anticipación), en materia de *alic*. Como se sabe, bajo ese modelo la producción de un estado defectuoso cuenta ya como parte del respectivo comportamiento típico, pues, de esa manera –es decir, por la vía de adelantar el momento típicamente relevante, sincronizándolo con el que funda la culpabilidad del agente– se conseguiría resguardar el principio de coincidencia<sup>56</sup>. Dicha conclusión posiblemente no sufriría una alteración sensible en caso de trasladarse a la *alic* la estructura de la autoría mediata –especialmente si se acoge la llamada «solución individual», a propósito del inicio de la tentativa en los hechos imputables a ese título–, variante que concibe a la primera de ellas como una suerte de «auto-instrumentalización»<sup>57</sup>.

En cuanto a su adaptación a nivel de imputación subjetiva, tanto el modelo del tipo como el de la autoría mediata podrían traducirse, *mutatis mutandis*, en que la producción dolosa (o incluso imprudente) del respectivo error de tipo debiera entenderse, asimismo, como parte integrante de un comportamiento típico que, posteriormente, acabaría de ser realizado por el mismo agente bajo tal déficit de conocimiento<sup>58</sup>. En esa última dirección se orienta una reciente propuesta de

<sup>53</sup> Por ello, una genuina instancia de autoengaño no resulta ser estructuralmente idéntica al prototípico caso del sujeto que programa una bomba que produce la muerte de varias personas en un instante en que aquel ya no se representa el hecho, se encuentra bajo un estado de inconsciencia o uno de inimputabilidad. Sobre esto último, e ilustrado con el mismo ejemplo, véase GRECO, *Discusiones*, (13), 2013, pp. 69 s. Que el principio de coincidencia se refiere al momento en que se ejecuta el comportamiento (activo u omisivo), y no al de la producción del resultado, lo destaca también STUCKENBERG, *Vorstudien zu Vorsatz und Irrtum im Völkerstrafrecht*, 2007, p. 377.

<sup>54</sup> Así, JOSHI JUBERT, *La doctrina de la «Actio libera in causa» en Derecho penal*, 1992, p. 75; ALCÁCER GUIRAO, *Actio libera in causa dolosa e imprudente. La estructura temporal de la responsabilidad penal*, 2004, p. 22.

<sup>55</sup> Por cierto, dicha *actio praecedens* perfectamente podría estar compuesta por una serie de comportamientos interpretables como una unidad de acción.

<sup>56</sup> Sobre el modelo de la tipicidad, *pars pro toto*, ROXIN/GRECO, *AT*, t. I, 5ª ed., 2020, 20/59 ss.

<sup>57</sup> Para dicho modelo, véase, por ejemplo, JAKOBS, «La denominada *actio libera in causa*», en EL MISMO (dir.), *Dogmática de Derecho penal y la configuración normativa de la sociedad*, 2004, p. 229; DOLD, «Die actio libera in causa als Sonderfall der mittelbaren Täterschaft», *Goltdammer's Archiv für Strafrecht*, (155-7), 2008, pp. 427 ss.

<sup>58</sup> Cabe recordar que los partidarios del modelo de la anticipación suelen acoplar a este la exigencia de un «doble dolo», lo que implica que el agente se represente, por un lado, la producción del déficit respectivo, y, por otro, que bajo dicho estado defectuoso realizará un determinado comportamiento típico. Véase JOSHI JUBERT, *La doctrina de la «Actio libera in causa» en Derecho penal*, 1992, pp. 385 ss. En cambio, dudando de si realmente ese estado mental designa un dolo en sentido estricto, MONTIEL, «Estructuras de responsabilidad y contextos anómalos», en EL MISMO (dir.), *Responsabilidad penal en contextos anómalos*, 2023, p. 45. En todo caso, que el objeto de esa representación sea dúplice, no altera el hecho de que, desde el modelo del tipo al menos, el momento en que ha de fijarse el dolo sigue siendo el de la *actio praecedens*. Por ello, en los casos de *alic* no solo se encuentra comprometida la dimensión temporal del dolo, sino también una concreción suficiente del mismo. Lo advierte igualmente BECK, «Neue

MANSDÖRFER, para quien podría resultar admisible –e incluso el «sentimiento jurídico» así lo dictaría– una normativización del principio de coincidencia, bajo la suerte de un «*dolus liberus in causa*»<sup>59</sup>. El argumento central de MANSDÖRFER es que el momento determinante no es el de la ejecución de la acción, sino aquel en que se toma la decisión definitiva a favor de ella, con tal de que se mantenga durante la fase ejecutiva<sup>60</sup>. Si el destinatario de la norma estuvo consciente de que se produciría una situación de desconocimiento, según MANSDÖRFER, habrá tenido la dirección del evento en sus manos, configurándose así un *dolus liberus in causa* punible<sup>61</sup>.

Sin embargo, el intento de fundamentar el dolo en el instante inmediatamente anterior a aquel en que se activa el mecanismo supresor de conocimiento enfrenta una importante dificultad: la maniobra que gatilla el autoengaño no queda captada por la norma de comportamiento –o al menos, no sin erosionar el contenido de esta, por la vía de ampliar su contenido o de anticipar el instante de su aplicación–. Y esto último rige con independencia de que el agente haya tenido la intención previa de predisponer dicho mecanismo; que, sin esa intención, no obstante, haya previsto aquel efecto; o bien, que, a pesar de no haberlo previsto, ello le hubiese resultado previsible. Lo recién sugerido reclama aun mayor consideración si se observa que el principio de coincidencia, materialmente entendido, no intenta preservar un aspecto puramente cronológico, pues, ante todo, se trata de la proyección de un argumento de orden normológico (y, con ello, de legalidad): impedir que la pregunta sobre un *objeto* de imputación jurídico-penal –esto es, la ejecución de un comportamiento prohibido o la no ejecución de una acción debida por una norma– acabe fagocitando la relativa a una *potencial base* para esa misma imputación –esto es, aquello que provee un fundamento acerca de por qué podría atribuirse a una persona un concreto comportamiento antinormativo, previamente identificado *qua* objeto de imputación<sup>62</sup>–. La primacía sintáctica del objeto sobre la base de una imputación, interna a todo enunciado (tanto laudatorio como condenatorio) de responsabilidad (tanto moral como jurídica)<sup>63</sup>, deriva a su vez en una prioridad pragmática: a falta de un objeto de imputación carece de todo sentido la identificación de una posible base a *su* respecto. Esa prelación analítica en el planteamiento de los interrogantes en liza –que determina que la indagación de un posible criterio de imputación, como serían el dolo, la imprudencia o los presupuestos de la culpabilidad en sentido estricto, devenga pertinente recién sobre la hipótesis de haberse verificado un comportamiento

---

Konstruktionsmöglichkeiten der actio libera in causa», *Zeitschrift für Internationale Strafrechtsdogmatik*, (6), 2018, p. 210, aunque favoreciendo una equiparación estructural de la *alic* con los delitos omisivos, que aquí no se acoge.

<sup>59</sup> MANSDÖRFER, *Vorsatz und Entscheidung*, 2024, pp. 35 s., 40. Antes, ya JOSHI JUBERT, *La doctrina de la «Actio libera in causa» en Derecho penal*, 1992, pp. 82 ss., se había referido a la posibilidad de una «*actio dolosa in causa*», como hipótesis de *alic*-error de tipo, estructura atravesada precisamente por la difícil pregunta de si es justo castigar con la pena del delito imprudente a quien provoca dolosamente la situación de error.

<sup>60</sup> MANSDÖRFER, *Vorsatz und Entscheidung*, 2024, pp. 33, 37. Para una crítica contra la identificación de la resolución al hecho con el dolo –tesis que pareciera subyacer a la postura reseñada en el texto–, véase MAÑALICH, «Tentativa y resolución-al-hecho. Una reconstrucción desde la filosofía de la acción», *Isonomía*, (51), 2019, pp. 38 ss.

<sup>61</sup> MANSDÖRFER, *Vorsatz und Entscheidung*, 2024, p. 107. Nótese desde ya la bilateralidad del argumento: pues una anticipación del momento típicamente relevante, necesariamente, supone degradar aquello que tiene lugar bajo la respectiva *actio subsequens*. Previniendo acerca de esto último, véase SILVA SÁNCHEZ, «Un nuevo modelo para la *actio libera in causa*: la *actio praecedens* como conducta punible de favorecimiento», en DE VICENTE REMESAL *et al.* (dirs.), *LH Luzón Peña*, 2020, p. 1119.

<sup>62</sup> Sobre la diferencia entre objeto y base de imputación, véase MAÑALICH, «The Grammar of Imputation», *Jahrbuch für Recht und Ethik*, (27), 2019, p. 412. A propósito de la distinción entre objeto y criterio de imputación, subyacente a la anterior, entre otros, véase KINDHÄUSER, *Gefährdung als Straftat*, 1989, pp. 29 ss.; HRUSCHKA, «Die actio libera in causa bei Vorsatztaten und bei Fahrlässigkeitstaten», *JZ*, (1), 1997, pp. 23 s.

<sup>63</sup> Al respecto, DUFF, *Answering for Crime. Responsibility and Liability in the Criminal Law*, 2007, p. 74.

antinormativo– queda expresada de manera apta en aquello que HRUSCHKA rotulara «principio de referencialidad», sustento lógico del de simultaneidad<sup>64</sup>.

De las disquisiciones previas es posible inferir que la afirmación de un *dolus liberus in causa*, sea que se apoye en el modelo del tipo, sea que lo haga en el de la autoría mediata, de todos modos acaba expresando una variante de *dolus antecedens*, por verificarse una divergencia temporal entre el momento en que se satisface un elemento del que dependería la atribución de dolo y aquel otro en que es desplegado el comportamiento que efectivamente será objeto de imputación. Si bien es un lugar común que los supuestos de *dolus antecedens* se despachen sin más trámite –aquello que el agente quiere, en efecto, resulta irrelevante mientras no se verifique un comportamiento típico–, es importante subrayar que, en esos casos, el déficit volitivo no suele ser más que una consecuencia de la ausencia de un componente cognoscitivo que pudiera servirle de base. Y, a su vez, que esto último sea determinante para excluir una imputación a título de dolo obedece al hecho de que la *actio praecedens* no es un comportamiento antinormativo<sup>65</sup>. En suma, cabe concluir lo siguiente: si, al momento en que el agente se ha representado un cierto estado de cosas, sin embargo, todavía no se ha presentado a este la oportunidad práctica para ejecutar u omitir una acción –prohibida o requerida por la norma en cuestión–, entonces, esa capacidad de control atribuible al agente –que es, en definitiva, lo que se halla en juego a nivel de imputación subjetiva– será insuficiente para sustentar la imputación a título de dolo del respectivo hecho (una vez que este efectivamente tenga lugar)<sup>66</sup>.

### 3.2. Autoengaño e imputación a título de imprudencia

Como ya se ha sugerido, la persona que padece o se sitúa a sí misma en un escenario de autoengaño es alguien que, en el momento típicamente relevante, sufre un déficit epistémico constitutivo de un error de tipo. Su evitabilidad insta a explorar el problema desde el prisma de la imprudencia, pues, por referencia al comportamiento típico, el agente autoengañado padece una inevitabilidad actual que, sin embargo, le era previamente evitable<sup>67</sup>. El fundamento de ello –como pronto se desarrollará– reside en el hecho de que el agente autoengañado no conservó una posición epistémicamente apta, *habiendo podido y tenido que resguardarla*<sup>68</sup>. Con todo, antes

<sup>64</sup> HRUSCHKA, *Strafrecht nach logisch-analytischer Methode*, 2ª ed., 1988, pp. 22 s., quien lo ejemplifica de la siguiente manera: «Pedro tiene el cabello negro» es un enunciado que solo tiene sentido si es que significa, a la vez, que Pedro tiene cabello.

<sup>65</sup> Como advirtiera KINDHÄUSER, *Gefährdung als Straftat*, 1989, p. 124, faltan leyes causales que puedan explicar con suficiente precisión científica el comportamiento típico a partir del comportamiento defectuoso previo. Por ende –añádase aquí–, por muy probable que sea la verificación de un comportamiento antinormativo bajo el estado de déficit producido, ello no permite presumir que aquel evento tendrá lugar, pues de esa manera se pasaría por alto la posible incidencia del azar, de terceros o incluso un cambio de parecer en el propio agente. En definitiva, que un comportamiento (o una serie de comportamientos) constituya una *actio praecedens* no es algo que pueda afirmarse de modo prospectivo, ya que ello depende de que efectivamente tenga lugar una *actio subsequens*.

<sup>66</sup> Sobre la noción técnica de oportunidad para la acción, en el contexto de la dogmática de la tentativa, véase MAÑALICH, *Isonomía*, (51), 2019, pp. 30 ss.

<sup>67</sup> Sobre la estructura de la imprudencia como inevitabilidad evitable conforme a cuidado, véase KINDHÄUSER, «El tipo subjetivo en la construcción del delito», *InDret*, (4), 2008, p. 24; MAÑALICH, *Revista de Ciencias Penales*, (47), 2020, p. 32; REYES ROMERO, «Sobre la construcción de la exigencia de cuidado», *Política Criminal*, (19), 2015, p. 58; VALIENTE IVÁÑEZ, «La imputación extraordinaria como modelo de adscripción de responsabilidad jurídico-penal. El ejemplo de la imprudencia», *RECPC*, (22), 2020, p. 18.

<sup>68</sup> El anclaje legal de la imprudencia como criterio de imputación subjetiva impide que los desarrollos efectuados hasta aquí queden expuestos a las mismas críticas que recibe el modelo de la excepción en materia de *alic*, tratándose de contextos normativos –como el alemán– que carecen de una regla expresa en torno a la provocación dolosa o imprudente de una causa de inculpabilidad.

de abordar tales argumentos conviene perfilar primero cuál sería la precisa base de imputación en el autoengaño, pues con este último podrían venir en consideración tres diversos escenarios.

En efecto, es posible distinguir entre el *proceso* a través del cual una persona se engaña a sí misma respecto de un determinado asunto<sup>69</sup>; el *estado* de autoengaño bajo el que se encuentra dicha persona al final de aquel proceso; y, por último, las posibles *consecuencias* externas al autoengaño –de verificación contingente y, por ende, no vinculadas causalmente con él–, entre las que cabe destacar, justamente, los comportamientos que el agente autoengañado ejecuta u omite bajo aquel estado<sup>70</sup>. Así, recuperando un ejemplo ya trabajado, cabría distinguir el conjunto de acciones por cuyo medio un paciente tergiversa las conclusiones de un examen médico; la situación de desconocimiento que origina el tratamiento sesgado de la evidencia; y, en definitiva, los comportamientos (eventualmente típicos) ejecutados bajo ese estado de autoengaño. Si se acoge –como aquí– un modelo teórico donde el *objeto* de una posible imputación jurídico-penal está constituido únicamente por comportamientos que satisfacen todas y cada una de las propiedades de una clase de acción especificada en algún tipo delictivo, solo el tercero de aquellos escenarios podría proveer un objeto de imputación. Ahora bien, como en los casos de genuino autoengaño ese comportamiento ha sido ejecutado u omitido bajo un estado deficitario, la segunda de las dimensiones recién aludidas conduce a descartar la imputación (ordinaria) del hecho. Con todo, esta última circunstancia no excluye la posibilidad de imputar (extraordinariamente) el respectivo comportamiento típico, justamente porque, bajo el primero de los sentidos arriba señalados, con la expresión autoengaño también cabe designar el proceso que genera el déficit. Este mecanismo ofrece una respuesta a la pregunta acerca de por qué cabría imputar aquel hecho al agente autoengañado, pese a las condiciones deficitarias bajo las cuales obró. Así entendido, el autoengaño operaría como *base* para dicha imputación<sup>71</sup>.

De lo expuesto hasta aquí, cabe desprender provisionalmente lo siguiente: el agente no responde *del* autoengaño, sino del respectivo comportamiento típico, que, sin embargo, le sería imputable *por* haberse autoengañado. Esta aproximación contrasta con las antes examinadas, a propósito de un posible *dolus liberus in causa*, pues la persona a quien cabría responsabilizar jurídico-penalmente es el agente, no en tanto que «engañador», sino en tanto que «engañado»<sup>72</sup>, en la medida en que solo bajo esta última condición ha tenido lugar un comportamiento típico. Otra

<sup>69</sup> La expresión «proceso» tiene un sentido neutro desde un plano intencional –es decir, puede interpretarse tanto como un evento susceptible o no de control por parte de quien lo experimenta–, pues con aquel término pretende designarse, ante todo, la transición de una creencia originaria a otra creencia errónea, que la sustituye.

<sup>70</sup> Fundamental, NELKIN, *Humana.Mente*, (20), 2012, pp. 129 s.

<sup>71</sup> Los casos de olvido, que suelen ser trabajados como una hipótesis de imprudencia inconsciente, plantean un escenario estructuralmente similar. En efecto, no es posible que el olvido, como tal, fundamente responsabilidad, pues esto último implicaría reprochar a una persona el hecho de ignorar algo, bajo circunstancias en las que ni siquiera cabría decir que es disposicionalmente consciente de esa situación de hecho (justamente, porque la ha olvidado). Ahora bien, ello no impide reconocer que, igualmente, podría existir la legítima expectativa de que el agente en cuestión adopte medidas de cuidado dirigidas, precisamente, a recordar o a no olvidar ciertos asuntos importantes. De ahí que una eventual responsabilidad penal en tales casos pueda basarse en un momento previo. En esta última línea, HUSAK, «Distraction and Negligence», en ZEDNER/ROBERTS (eds.), *Essays in Honour of Andrew Ashworth*, 2012, pp. 85 ss.; GONZÁLEZ LILLO, *InDret*, (2), 2019, pp. 25 ss. Sobre las dificultades que plantean los casos de olvido, véase también HAVA GARCÍA, *La imprudencia inconsciente*, 2002, pp. 232 s., si bien acudiendo a la noción de co-consciencia para darles solución.

<sup>72</sup> Acertadamente, DARWALL, «Self-Deception, Autonomy, and Moral Constitution», en MCLAUGHLIN/RORTY (eds.), *Perspectives on Self-Deception*, 1988, p. 413. El traslado de la estructura de la autoría mediata a la *alic* tropieza con la dificultad de que el autor mediato responde «a causa» del déficit provocado en la «persona de delante», mientras que en la *alic*, en cambio, a la «persona de delante» se imputa el hecho «a pesar» del déficit que padece.

cosa distinta es que la evitabilidad del déficit padecido en ese instante, efectivamente, tenga que rastrearse a uno o más comportamientos ejecutados previamente<sup>73</sup>.

En contra de la hipótesis recién postulada acaso podrían levantarse dos objeciones. En primer lugar, que no sería apropiado hablar de imprudencia tratándose de un agente que inicialmente disponía de una capacidad de evitación plena y suficiente. En segundo término, que resultaría inadecuado discurrir en torno de un injusto imprudente cuando el proceso de autoengaño ha sido dispuesto intencionalmente –como en el ejemplo «La libreta manipulada»–<sup>74</sup>. Pero la pareja de críticas recién proyectada podría replicarse. Por una parte, para que se constituya un injusto imprudente lo decisivo no es que el sujeto carezca de una capacidad con la que nunca contó, sino que su falta de adquisición o su *pérdida* se explique por un comportamiento contrario a cuidado. En uno u otro supuesto el agente no habrá adoptado las medidas de cuidado necesarias para alcanzar o *conservar* dicha capacidad de evitación. En cuanto a la segunda objeción, si bien es cierto que la imprudencia se asocia paradigmáticamente a quien, por desatención, distracción o desidia no adopta alguna medida de cuidado, aquella no es conceptualmente incompatible con el hecho de que el agente haya tenido la intención de no adoptar el cuidado exigido. Pues, en efecto, no es posible garantizar que, de no haber padecido un error de tipo, el agente en cuestión no se habría formado la intención de realizar el respectivo tipo de delito<sup>75</sup>. En cambio, lo que sí cabría sostener es que, de haber adoptado el cuidado exigido, el agente habría dispuesto al menos de una «capacidad de evitación intencional» al respecto, entendiendo por tal la aptitud situacional para poder formarse tanto la intención de ejecutar como la de abstenerse de ejecutar una instancia de comportamiento típico<sup>76</sup>. Desde luego, un asunto distinto es que el carácter preordenado del déficit padecido pudiera merecer consideración al evaluarse la gravedad del mismo. Sobre este aspecto de orden penológico habrá oportunidad de volver más adelante.

Avanzando ahora a los presupuestos de los que depende la constitución de un injusto imprudente en este grupo de casos, como fuese ya anticipado, es imprescindible que, primero que todo, la persona autoengañada *haya tenido* que conservar la información con la cual disponía. En este contexto de análisis, sin embargo, resulta indispensable sustentar la juridicidad de semejante exigencia de cuidado, pues no parecería descabellado imaginar que alguien pudiera invocar a su favor un pretendido derecho a autoengañarse, bajo la suposición de que cada cual sería libre de formarse (o deformar) su perspectiva del mundo. Ello podría ganar alguna plausibilidad si se

<sup>73</sup> Sobre la capacidad de rendimiento de un mecanismo de rastreo para fundar la responsabilidad atribuible al agente autoengañado, véase LEVY, *Ratio*, (17), 2004, p. 304; NELKIN, *Humana.Mente*, (20), 2012, p. 133; y, en la teoría jurídico-penal, MOORE/HURD, *Criminal Law and Philosophy*, (2), 2011, p. 194.

<sup>74</sup> Como se sabe, JAKOBS, *Kritik des Vorsatzbegriffs*, 2020, p. 31, ha criticado la solución de excluir el dolo en aquellos casos en que el agente, por un defecto de valoración, decide no conocer las circunstancias típicas, sobre la base de que «error» y «desconocimiento» no serían conceptos coextensivos: el error es una representación errónea o una falta de representación que solo puede padecer la persona interesada en obtener una acertada representación de los hechos. Véase también RAGUÉS I VALLÈS, *La ignorancia deliberada en Derecho penal*, 2007, p. 197; PERALTA, «El error inexcusable: fundamentos filosóficos y regulación positiva», en DE VICENTE REMESAL *et al.* (coords.), *LH Luzón Peña*, 2020, p. 910; VAN WEEZEL, *Revista de Ciencias Penales*, (47), 2020, pp. 63 s.

<sup>75</sup> Pues, asumir generalizadamente que, de conocer las circunstancias fácticas, el autor imprudente nunca se hubiese comportado como lo hizo, implicaría levantar, como advertiera BINDING, *Die Normen und ihre Übertretung*, t. IV, 1965 (reimp. original 1919), p. 370, una injustificada «*benignissima interpretatio* de todo quebrantamiento inconsciente del derecho». Antes bien, solamente basta con saber que el agente no dispuso de las capacidades en cuestión y no, en cambio, cómo se hubiese comportado de haber contado con ellas en un mundo alternativo.

<sup>76</sup> Con más detalle sobre la noción de capacidad de evitación intencional, véase VOGEL, *Norm und Pflicht bei den unechten Unterlassungsdelikte*, 1993, pp. 70 ss.; MAÑALICH, *Revista de Ciencias Penales*, (47), 2020, pp. 16 ss.; VALIENTE IVÁÑEZ, «La doble dimensión del dolo como criterio de imputación», en GÓMEZ MARTÍN *et al.* (dirs.), *LH Corcoy Bidasolo*, 2022, pp. 954 ss.

recuerda que a este mecanismo normalmente se asocia la función de regular el dolor, la angustia, el temor y otras emociones negativas, respecto de las cuales acaso podría resultar comprensible que una persona quiera protegerse a sí misma.

Sin embargo, justamente para neutralizar aquella posible intuición, es crucial incorporar la siguiente premisa: estas medidas de cuidado no son «deberes puramente intelectuales», ni tampoco obligaciones que un agente tendría exclusivamente para consigo mismo. Como se sabe, en la dogmática de la imprudencia suele hablarse de «cuidado interno», para aludir al ejercicio de facultades cognitivas que permiten que un sujeto pueda advertir determinadas circunstancias fácticas<sup>77</sup>. Entre tales medidas destacan, precisamente, la necesidad de informarse o de examinar previamente los contextos en que se interviene, y perfectamente podría incluirse también la de no desprenderse de evidencia o de datos fiables con los que ya se cuenta, así como la necesidad de supervisar la influencia de las propias emociones en la ponderación de aquella evidencia disponible, o la exigencia de valorarla de manera imparcial y desapasionada. La situación de quien se autoengaña, por lo tanto, no es jurídico-penalmente relevante por el hecho de que se infrinjan «deberes del intelecto», sino porque la no adopción de aquellas exigencias de cuidado, de naturaleza instrumental, compromete la previsibilidad de un eventual comportamiento típico<sup>78</sup>. En consecuencia, tales precauciones epistémicas se encuentran intersubjetivamente orientadas, ya que su cumplimiento resguarda la capacidad de un agente para decidir entre alternativas de comportamientos que pueden llegar a incidir de manera sensible en bienes jurídicos cuyos titulares son terceras personas. No se trata, en definitiva, de una instancia de paternalismo jurídico, si es que el déficit en la capacidad de agencia de un sujeto puede redundar en el quebrantamiento de normas de comportamiento que se hallan jurídico-penalmente reforzadas. Solo si esta última posibilidad se encontrara previsiblemente excluida, de manera que el déficit epistémico impactara únicamente en la esfera de intereses del propio agente involucrado –como sucede con otros ejemplos ofrecidos: «El calendario alterado» y «La encuesta docente»–, tendría que quedar descartada, por ilegítima, una imputación jurídico-penal.

Ahora bien, según fuese adelantado, para la constitución de un potencial injusto imprudente no solo es necesario que el agente haya tenido, sino que además *haya podido* eludir el respectivo autoengaño. Como es fácil columbrar, de ello depende si una eventual imposición de pena en estos casos resulta compatible o no con principios tan importantes como son el de culpabilidad y el de responsabilidad por el hecho propio. El nudo no se deja desatar de manera sencilla, precisamente porque, al designar un proceso –y no solo un estado–, el autoengaño podría llegar a reducirse a un evento que la persona «sufre». Bajo esa descripción (solo parcialmente certera) del fenómeno, que haría casi irresistible invocar el axioma «debe implica puede», difícilmente cabría fundamentar responsabilidad alguna; antes bien, semejante caracterización instaría a la

<sup>77</sup> Pormenorizadamente al respecto, CORCOY BIDASOLO, *El delito imprudente*, 2ª ed., 2005, pp. 131 ss.; véase también REYES ROMERO, *Política Criminal*, (19), 2015, pp. 71 ss. En contra de la comprensión del hecho imprudente como un «delito de pereza intelectual», ya BINDING, *Die Normen und ihre Übertretung*, t. IV, 1965 (reimp. original 1919), p. 502.

<sup>78</sup> Acerca de la negligencia reconocible en la infracción de precauciones epistémicas que dan lugar a autoengaño, véase LINEHAN, *The Journal of Value Inquiry*, (16), 1982, p. 104; COLL MÁRMOL, *Teorema*, (26-3), 2007, p. 148; DEWEESE-BOYD, «Taking Care: Self-Deception, Culpability and Control», *Teorema*, (26-3), 2007, pp. 170 ss.; NELKIN, *Humana.Mente*, (20), 2012, pp. 133 ss.; LYNCH, «Willful ignorance and Self-deception», *Philosophical Studies*, (173), 2016, p. 516. A propósito de la delincuencia corporativa, de acuerdo con SILVA SÁNCHEZ/VARELA, «Responsabilidades individuales en estructuras de empresa: la influencia de sesgos cognitivos y dinámicas de grupo», en SILVA SÁNCHEZ (dir.), *Criminalidad de empresa y Compliance. Prevención y reacciones corporativas*, 2013, p. 283: «[e]n general, a la influencia de sesgos cognitivos sobre la *actio in se*, es posible oponer la infracción de algún deber *in causa*, como mínimo por imprudencia».

adopción de actitudes de condescendencia o de compasión hacia el autoengañado<sup>79</sup>. Pese a que bajo ciertas circunstancias dicho proceso efectivamente podría llegar a escapar del control del agente, desde luego, ello no siempre será así.

Según la tesis que aquí se patrocina, para que pueda atribuirse legítimamente responsabilidad penal en estos escenarios es indispensable que el agente haya tenido la posibilidad de no incurrir en los procesos cognitivos que han terminado por erosionar la representación acertada de la realidad con la que contaba antes. Pues, si la creencia errónea ha sido adquirida tras un proceso encausado por la reflexión y la investigación del propio agente, pareciera más bien inapropiado caracterizarla como una «representación involuntaria»<sup>80</sup>. Nótese desde ya, sin embargo, que se tratará de un control indirecto, pues el agente carece de libertad en orden a elegir si abraza tal o cual creencia. En cambio, lo que sí puede (y necesita) estar sujeto a su control es el procedimiento de adquisición de la creencia que finalmente hace suya. Como ya se ha sugerido, ello implica que el agente preste atención a su entorno, que se informe a partir de fuentes confiables, no eluda la información desfavorable o la opinión crítica, que revise el contenido de la creencia adquirida, etcétera<sup>81</sup>. Por el contrario, quien busca, selecciona y/o sopesa sesgadamente fuentes alternativas que apoyan la creencia de lo que quiere que sea el caso, pero a sabiendas de su baja confiabilidad o de las altas probabilidades de que el pronóstico resulte errado, es alguien que, desde un plano epistémico, se comporta de manera irresponsable<sup>82</sup>. En definitiva, no es que por las vías descritas el agente pueda controlar el resultado del proceso en que se forjan sus representaciones, pero sí, en cambio, el sustento sobre el que estas se erigen<sup>83</sup>. De dicha manera, la base de responsabilidad del autoengañado no descansaría en el hecho de creer «que *p*», cuando «*p*» no es el caso, sino más bien en la absoluta falta de justificación epistémica de las razones por las que cree «que *p*».

Los desarrollos efectuados hasta aquí permiten afirmar que, estrictamente desde un plano estructural, los casos de autoengaño se asimilan más a supuestos que fundamentarían una imputación a título imprudente antes que una a título doloso. Sin embargo, como es obvio, el problema que supone abrazar dicha conclusión concierne al régimen de punibilidad al que quedaría anclado aquel grupo de casos. Los inconvenientes no se refieren únicamente al sistema de *numerus clausus* que suele gobernar el castigo de hechos a título imprudente –y que excluiría la punibilidad de varios de los ejemplos aquí ofrecidos–, sino que también atañen a la potencialmente amplia brecha penológica con el correlativo injusto doloso, en ciertos casos de apertura de aquel régimen clausurado por defecto. Ambas consideraciones podrían apoyar la postulación, *de lege ferenda*, de alguna regla –preferentemente en la parte general– que permita graduar la pena en casos de desconocimiento autoinducido –por ejemplo, rebajando la sanción a partir del hecho doloso–, con lo cual además podrían evitarse eventuales instancias de fraude

<sup>79</sup> Próximo a dicha idea, véase LEVY, *Ratio*, (17), 2004, p. 310.

<sup>80</sup> Así, STARK, *Culpable Carelessness*, 2016, p. 234. Véase también DUFF, *Answering for Crime*, 2007, p. 61.

<sup>81</sup> MELE, *Self-Deception Unmasked*, 2001, p. 27; VON HIPPEL/TRIVERS, *Behavioral and Brain Sciences*, (34), 2011, p. 8.

<sup>82</sup> Como habituales fuentes de autoengaño se destacan la malinterpretación negativa y la malinterpretación positiva. En la primera, el deseo de que algo sea el caso conduce a omitir los antecedentes que lo niegan; en el segundo supuesto, el deseo de que algo sea el caso conduce a considerar en su apoyo ciertos antecedentes que, en realidad, no son favorables. Con detalle al respecto, MELE, *Self-Deception Unmasked*, 2001, p. 26.

<sup>83</sup> Así, DEWEESE-BOYD, *Teorema*, (26-3), 2007, p. 171; BAYNE/FERNÁNDEZ, «Delusion and Self-Deception: Mapping the Terrain», en LOS MISMOS (eds.), *Delusions, Self-Deception, and Affective Influences on Belief-formation*, 2010, p. 5. En la discusión jurídico-penal, fundamental, GARVEY, *Texas Law Review*, (85), 2006, pp. 337 ss., 363 ss.; así también, STARK, *Culpable Carelessness*, 2016, p. 235.

de ley<sup>84</sup>. El fundamento de una regla tal residiría en que, por una parte, a pesar de su similitud estructural con la imprudencia, estos casos podrían llegar a ser más graves; sin embargo, por otro lado, esa gravedad seguiría siendo inferior a la de un hecho doloso<sup>85</sup>. En cuanto a lo primero, en efecto, la situación del autoengaño no admitiría caracterizarse como un error ordinario o un simple olvido, pues el agente no solamente ha incurrido en comportamientos que causan dicho déficit, sino que los ejecuta u omite advirtiendo que podrían causar un desconocimiento que, no obstante, después pierde de vista<sup>86</sup>. Adicionalmente, mientras más evidencia fiable tenga a su disposición el agente, mayor será la dificultad y el esfuerzo que habrá de empeñar para conseguir distanciarse de ella. A nivel de imputación subjetiva, esa instancia de autoengaño daría cuenta de una divergencia mayor con el comportamiento conforme a cuidado esperable, revelándose como más evitable y, en definitiva, de gravedad superior a la de un descuido cualquiera<sup>87</sup>. Como contrapartida, sin embargo, la imputabilidad del déficit así provocado –aun si es intencionado– no tendrá la virtud de proveer al agente de la alternativa de conducta de la que, en efecto, careció en el momento típicamente relevante. Por ello, si se aplicara a los casos de autoengaño una pena idéntica que la asignada al hecho doloso –cuya magnitud se justifica precisamente por la plena capacidad psicofísica de la que dispuso el agente al ejecutar el comportamiento típico–, dicha solución, a su vez, seguramente resultaría desproporcionada.

### 3.3. Excurso: autoengaño e ignorancia deliberada

Como se sabe, la mayoría de códigos penales europeo-continenciales e iberoamericanos acoge un modelo bipartito de imputación subjetiva, cuyos criterios exclusivos y mutuamente excluyentes suelen ser el dolo y la imprudencia. Bajo ese binomio, la ignorancia deliberada –que es un grupo de casos, no un criterio de imputación– no tiene cabida *de lege lata* en tales ordenamientos –como el chileno, el español o el alemán, por ejemplo–, salvo que sus supuestos se estimen reconducibles a una de aquellas dos categorías. Con todo, lo que justifica este excurso son las similitudes que *prima facie* exhibirían las constelaciones de autoengaño con la ignorancia deliberada. Una exposición esquemática de sus rasgos comunes, pero sobre todo de su diferencia estructural, contribuirá a reforzar las particularidades del problema objeto de este trabajo.

El principal común denominador de los supuestos de autoengaño y de ignorancia deliberada lo provee el estatus epistémico atribuible al agente al instante de realizar el comportamiento típico: tanto el ignorante deliberado como el sujeto autoengañado desconocen las concretas circunstancias fácticas en que se funda la antinormatividad de su comportamiento, lo que en ambos casos excluye una imputación a título de dolo –de nuevo, bajo un concepto de dolo que aún exija un componente cognoscitivo, y sin perjuicio de otras alternativas teóricas que pudieran apoyar la conclusión inversa–. En efecto, aquello que el ignorante deliberado conoce es el hecho de ignorar ciertas circunstancias fácticas que son de su incumbencia; empero, dicha

---

<sup>84</sup> El fraude de ley es un instituto que suele invocarse en la discusión sobre la ignorancia deliberada. Véase RAGUÉS I VALLÈS, *La ignorancia deliberada en Derecho penal*, 2007, p. 160; MANRIQUE, *Isonomía*, (40), 2014, pp. 189 ss.

<sup>85</sup> Según esta tesis, no se restablece la pena que habría operado de tener lugar una imputación ordinaria del hecho, pero tampoco se aplica la misma que procedería respecto de otras modalidades menos graves de imputación extraordinaria. Sobre la posibilidad de diferenciar el plano estructural del plano penológico, véase SÁNCHEZ-OSTIZ, *La libertad del Derecho penal*, 2014, pp. 157 s., aunque con una solución distinta de la aquí propuesta.

<sup>86</sup> La persona autoengañada no es simplemente quien causa su propio error. De lo contrario, como dice DAVIDSON, *Problems of Rationality*, 2004, p. 207, se autoengañaría la persona que lee una noticia falsa en un periódico. De ahí que el autoengaño suela ser descrito, más bien, como una instancia de «irracionalidad motivada».

<sup>87</sup> Acerca del autoengaño como una modalidad más grave que una imprudencia ordinaria, véase TASLITZ, *Harvard Journal of Law & Gender*, (28), 2005, pp. 423 ss., con especial aplicación a los delitos sexuales.



representación no es fundante de dolo, pues desconoce que un *concreto* comportamiento suyo ha devenido o devendrá típico. Por su parte, y como ya fuese señalado, el conocimiento del que dispone el autoengañado no es fundante de dolo, pues, aun cuando hubiese contado con una representación acertada de la realidad, esta ya se disipó en el momento típicamente relevante. Luego, por referencia al respectivo comportamiento típico, ninguno de estos dos agentes dispone de una capacidad actual de evitación, y, sin embargo, en ninguna de tales situaciones podría afirmarse que dichos déficits son puramente accidentales<sup>88</sup>. Al contrario, en ambos escenarios cabe rastrear a uno o más comportamientos previos la base que sustentará una imputación extraordinaria del respectivo hecho<sup>89</sup>.

Otra nota común es la neutralidad de ambos fenómenos desde un plano motivacional. Aunque la variable más paradigmática de ignorancia deliberada, ciertamente, sea aquella que es producida o preservada por un motivo reprochable, ni este último ni la generación de una actitud reactiva negativa de parte de terceros son condiciones necesarias para ignorar deliberadamente algo<sup>90</sup>. De hecho, en algunos contextos institucionales, el desconocimiento de ciertos asuntos es dispuesto estratégicamente como un medio para favorecer la justicia de alguna decisión o la imparcialidad de quienes la adoptan<sup>91</sup>. De forma correlativa, aunque en contra de lo que intuitivamente podría parecer, el autoengaño no solo podría afectar a quien, sin quererlo, sufre un conflicto psicológico, versa en un complejo dilema existencial o, en general, se halla bajo determinadas circunstancias que, al menos en principio, conducirían a que otros lamenten su situación o aun empaticen con ella, sino que también puede experimentarlo quien, por ejemplo, ha orquestado dicho déficit en aras de neutralizar sus inhibiciones, eludir una eventual responsabilidad u obtener la indulgencia del resto. En breve: quien se autoengaña también puede hacerlo por un motivo censurable.

Ahora bien, pese a las semejanzas esbozadas y de que al interior de la teoría del delito pudieran llegar a incidir en los mismos niveles sistemáticos, existen ciertas diferencias relevantes entre autoengaño e ignorancia deliberada. La principal de ellas atiende a un aspecto estructural. En efecto, mientras que en la ignorancia deliberada el agente se alejó de un hecho o bloqueó su acceso a este *antes* de llegar a conocerlo<sup>92</sup>, por el contrario, en ciertos casos paradigmáticos de autoengaño –justamente en los que se ha centrado este trabajo–, el agente sí alcanzó a acceder a circunstancias fácticas cuyo conocimiento *luego* abandona, estado de cosas que, de haber tenido todavía en vista al instante de ejecutar el comportamiento típico, habría sido total o parcialmente suficiente para sustentar una imputación a título de dolo<sup>93</sup>. De ahí que los estatus epistémicos

<sup>88</sup> LYNCH, *Philosophical Studies*, (173), 2016, p. 519.

<sup>89</sup> La dimensión temporal del autoengaño fue presentada en el apartado anterior. Acerca de la similitud estructural entre ignorancia deliberada y *alic*, si bien con importantes matices, véase RAGUÉS I VALLÈS, *La ignorancia deliberada en Derecho penal*, 2007, p. 159; PÉREZ BARBERÁ, *En Letra: Derecho penal*, (11), 2021, p. 96. Sobre la estructura temporal de la *willful blindness*, véase SARCH, *Criminally Ignorant*, 2019, pp. 117, 211.

<sup>90</sup> Para una distinción entre la pregunta por el carácter deliberado de la ignorancia y aquella otra relativa a las condiciones bajo las cuales la ignorancia resulta reprochable, véase HELLMAN, «Willfully Blind for Good Reason», *Criminal Law and Philosophy*, (3), 2009, pp. 312 ss.; al respecto, GONZÁLEZ LILLO, «La ignorancia deliberada frente al dolo y la imprudencia: una propuesta de delimitación conceptual», *Política Criminal*, (19), 2024, p. 425.

<sup>91</sup> Véase HERTWIG/ENGEL, en LOS MISMOS (eds.), *Deliberate Ignorance*, 2020, p. 10; WIELAND, «Willful Ignorance», *Ethical Theory and Moral Practice*, (20), 2017, pp. 106, 118.

<sup>92</sup> Al respecto, GONZÁLEZ LILLO, *Política Criminal*, (19), 2024, p. 428; en sentido próximo, RÖNNAU/BECKER, *NStZ*, (10), 2016, p. 569. Para contrastarlo con un ejemplo ya citado: se verificaría una hipótesis de ignorancia deliberada (y no de autoengaño) si un paciente decide no leer el informe médico en que consta su condición de portador de una ITS, respecto de lo cual tampoco alberga una sospecha (que haga reconducible su caso a uno de dolo eventual).

<sup>93</sup> Sobre la diferencia a nivel epistémico entre autoengaño e ignorancia deliberada, véase también MOORE/HURD, *Criminal Law and Philosophy*, (2), 2011, p. 155; LYNCH, *Philosophical Studies*, (173), 2016, p. 516.

del ignorante deliberado y del agente autoengañado resulten ser mutuamente excluyentes, y que, por ende, no quepa predicar de una misma persona ambas condiciones a la vez: quien ignora deliberadamente algo necesita saber que hay un aspecto de la realidad que es objeto de su ignorancia; a contrapelo, quien se autoengaña da por verdadero lo que es falso, pero no puede estar consciente de esa falsedad, pues ello es justamente el indicador de éxito en su autoengaño<sup>94</sup>.

Los diferentes estados epistémicos bajo los que se encuentran el autoengañado y el ignorante deliberado, a su vez, impactan en las medidas de cuidado que tendrían que haber adoptado tales sujetos para estar en condiciones de abstenerse de ejecutar el respectivo comportamiento típico. En efecto, en los casos más paradigmáticos de autoengaño, en los que el agente inicialmente disponía de una representación acertada de los hechos, para este habría bastado con *conservar* el conocimiento con el que ya contaba; en cambio, para asegurar sus capacidades de evitación, el ignorante deliberado necesita *mejorar* una posición, desde el inicio, epistémicamente deficitaria. De esto último cabría desprender una ulterior (mas solo contingente) diferencia a nivel fenomenológico, referida al modo en que suelen comportarse tales agentes<sup>95</sup>. El ignorante deliberado tiende a bloquear o a distanciarse de la evidencia que se halla a su disposición, evadiéndola para no tomar conocimiento de circunstancias fácticas que jurídicamente son de su interés; el autoengañado, por su parte, dado que conoce originariamente dicha porción de la realidad, para desvirtuar la creencia primitiva indeseada y así adquirir otra que se ajuste a sus anhelos, necesita interactuar con otras evidencias, menos fiables, mediante procesos de atención selectiva o de malinterpretación<sup>96</sup>. Con todo, dado el carácter interdefinible de las prohibiciones y de los mandatos, posiblemente sería precipitado establecer una asociación generalizada entre autoengaño y acción, por una parte, e ignorancia deliberada y omisión, por la otra<sup>97</sup>; e igualmente apresurado sería intentar extraer de ello una diferencia absoluta en cuanto a la gravedad de uno y otro caso<sup>98</sup>. En cualquiera de ambos, el contenido de la medida de cuidado, y la gravedad de su infracción, dependerá de qué es aquello que tendría que haber hecho u omitido el agente para imponerse de circunstancias fácticas que son de su incumbencia. Ahora bien, lo que sí cabría afirmar es que, tratándose de un autoengaño que ha sido preordenado estratégicamente –similar a lo que ocurre en la ignorancia deliberada–, la mayor evitabilidad –y no necesariamente mayor culpabilidad– atribuible a quien se autoengaña de esa manera podría dar lugar a un supuesto más grave que una imprudencia cualquiera.

---

<sup>94</sup> En consecuencia, el ignorante deliberado padece una ignorancia que cabría caracterizar como una de primer orden –está al tanto de que hay algo que ignora–, la cual le permitiría, bajo condiciones ideales de sinceridad, reportarla a terceros y autoadscribirse su estatus de ignorante al respecto. El agente autoengañado, en cambio, padece de una ignorancia de segundo orden –ignora que ignora algo–, pues no puede reportarla a terceros ni tampoco atribuírsela a sí mismo. Para la distinción entre ignorancia de primer orden e ignorancia de segundo orden, véase PEELS, *Ignorance. A Philosophical Study*, 2023, p. 92; en el marco de la ignorancia deliberada, GONZÁLEZ LILLO, *Política Criminal*, (19), 2024, pp. 422 ss.

<sup>95</sup> Así también LYNCH, *Philosophical Studies*, (173), 2016, pp. 518, 522, aunque generalizando dicha distinción.

<sup>96</sup> Como puntualiza LYNCH, *Philosophical Studies*, (173), 2016, p. 518, al haber tomado contacto con evidencia que le resulta desagradable, para el agente autoengañado ya es «demasiado tarde» para evadirla.

<sup>97</sup> En efecto, el proceso de autoengaño también podría describirse como la omisión de no preservar el conocimiento que antes se poseía, mientras que la ignorancia deliberada podría describirse a partir de las acciones mediante las cuales el agente bloquea su acceso a hechos que son de su incumbencia.

<sup>98</sup> Así, sin embargo, LYNCH, *Philosophical Studies*, (173), 2016, p. 521, para quien la ignorancia deliberada, al ser intencional, generalmente fundamentaría una mayor culpabilidad que el autoengaño. Junto con lo señalado en el texto principal, en contra de ello cabría aducir que, una cosa es la intención con la cual obra el agente, y otra distinta son los motivos que lo impulsan a actuar. De ahí que aquella pretendida diferencia en cuanto a su gravedad pareciera disiparse si se compara, por ejemplo, una instancia de ignorancia deliberada por acrasia con un supuesto de autoengaño por manipulación de la memoria cuyo objeto es evadir una posible responsabilidad.

Un último elemento de contraste puede obtenerse desde el plano intencional. Por definición, la ignorancia deliberada representa un fenómeno no solo consciente, sino perseguido por el propio agente. Si bien la decisión de no saber algo, según lo ya señalado, no prejuzga la evaluación de los motivos que han impulsado a una persona a mantenerse en una situación de ceguera, sí permite excluir de la órbita de la ignorancia deliberada aquellos casos en que el desconocimiento no ha sido preordenado, por reconducirse a la desidia o desinterés por parte de quien lo padece<sup>99</sup>. No cabe asegurar lo mismo acerca del autoengaño. Pues, aun cuando sea enteramente factible concebir supuestos en que el agente articula intencionadamente un mecanismo supresor de conocimiento –como ocurre en los ejemplos «La libreta manipulada» y «El examen médico»–, también es posible que la creencia errónea posteriormente adquirida solo haya surgido del ferviente deseo de que el mundo sea de tal o cual manera, pero sin que el autoengaño, como tal, sea intencionado o buscado de propósito –como han permitido ver aquí otros ejemplos: «El dilema familiar» y «La embarcación averiada»–<sup>100</sup>. Y esto último, como ya se ha sugerido, no es problemático de cara a responsabilizar a quien se autoengaña. Para delimitar el autoengaño de un simple error, y poder postular así la hipótesis de una eventual responsabilidad jurídico-penal del autoengañado por lo que ejecuta u omite bajo dicho estado, no es indispensable atribuirle la intención de engañarse a sí mismo, lo cual significa decir: no es necesario que, para ese agente, su comportamiento haya sido intencional bajo la descripción «autoengañarme»<sup>101</sup>. Por oposición a su aparición puramente accidental o fortuita, el sustrato «agencial» del autoengaño –y, con ello, su estatus de base para una eventual responsabilidad jurídico-penal– puede descansar, sin problemas, en la ejecución intencional (mas no necesariamente intencionada) de aquellos comportamientos que conducen a la producción del déficit<sup>102</sup>. Así, en el caso del paciente que adquiere la creencia errónea de que no porta un virus, no se precisa que este haya actuado «con la intención» de autoengañarse, pero sí que haya ejecutado intencionalmente la serie de comportamientos en que se manifiesta su tratamiento sesgado de la evidencia disponible y que, en definitiva, le llevan a autoengañarse.

En síntesis, los casos de autoengaño y de ignorancia deliberada dan cuenta de un problema en común: la imputación a título de dolo puede enfrentar complejas dificultades conceptuales en ambas constelaciones, mientras que su reconducción a la imprudencia dista asimismo de ser

<sup>99</sup> Así, RAGUÉS I VALLÈS, *La ignorancia deliberada en Derecho penal*, 2007, pp. 187 ss.

<sup>100</sup> Conviene registrar que para las llamadas «teorías intencionalistas», en cambio, el autoengaño necesariamente debiera ser provocado de forma intencional, pues, entre otras cosas, solo así podría responsabilizarse al agente. Para su exposición y ponderación, véase FUNKHOUSER, *Self-deception*, 2019, pp. 137 ss., con múltiples referencias. Estas tesis se hallan enfrentadas usualmente a la «paradoja dinámica»: ¿cómo es posible que alguien despliegue intencionalmente una estrategia tendente a engañarse, pero, a la vez, pueda esconderse a sí mismo esa intención, para que el engaño efectivamente se materialice? Al respecto, véase MELE, *Self-Deception Unmasked*, 2001, p. 60. Además, en las teorías intencionalistas la pregunta por las condiciones de posibilidad del autoengaño acaba fagocitando a otra analíticamente distinta, referida a los presupuestos para que genere responsabilidad. En fin, de todos modos, desde una visión jurídico-penal del asunto, de lo que se trataría no es de responsabilizar al agente por autoengañarse –en cuyo caso, y no de manera obvia, podría llegar a reclamar alguna pertinencia la necesidad de una intención al respecto–, sino por los comportamientos típicos realizados bajo dicho estado.

<sup>101</sup> BACH, *Philosophy and Phenomenological Research*, (41), 1981, p. 368; LEVY, *Ratio*, (17), 2004, p. 299.

<sup>102</sup> La diferencia entre un comportamiento «intencionado» y otro «intencional» pretende aprovechar los distintos usos del concepto de intención al interior de la teoría de la acción. Fundamental al respecto, ANSCOMBE, *Intention*, 2ª ed., 2000, pp. 34, 37, 45; DAVIDSON, *Essays on Actions and Events*, 2ª ed., 2001, pp. 43 ss. En sentido próximo, ya AUSTIN, «Three Ways of Spilling Ink», *The Philosophical Review*, (75-4), 1966, pp. 428 ss., con la distinción entre actuar intencionalmente (*intentionally*), actuar intencionadamente (*purposely*) y actuar deliberadamente (*deliberately*). Tratándose del tópico aquí abordado, sería posible afirmar que, aunque alguien no haya ejecutado uno o más comportamientos con la intención de autoengañarse, ni habiéndolo planificado (es decir, aunque no exista un autoengaño «intencionado» o «deliberado»), dicho estado sí podría ser el resultado de la ejecución u omisión de comportamientos intencionales por parte de esa misma persona.

pacífica. Pese a ello, existen importantes diferencias estructurales entre estos dos grupos de casos, identificables tanto en la clase de déficits epistémicos a los que dan lugar como en la elaboración contrafáctica de qué es aquello que tendría que haber hecho u omitido un agente para no padecer tales déficits. Adicionalmente, y como se verá enseguida, el autoengaño es un argumento que, en atención a las causas que lo desatan, eventualmente podría generar mayores tensiones a nivel de culpabilidad. Por ello, si bien las similitudes entre ambos fenómenos exige ponerlos en diálogo, sus diferencias igualmente relevantes desaconsejan exagerar en demasía sus notas comunes<sup>103</sup>, y, sobre todo, instan a descartar como plausible la caracterización del autoengaño como mera variable fenomenológica de la ignorancia deliberada.

#### **4. Autoengaño y culpabilidad: selección y análisis panorámico de algunas relaciones posibles**

Dado que una de las notas distintivas del autoengaño es situar a quien lo padece en un estado epistémicamente deficitario, su horizonte de referencia en la teoría del delito, primariamente, tendría que ser la imputación subjetiva. Pero ello no significa en modo alguno que sus peculiaridades no puedan incidir también en un nivel sistemático diverso: la culpabilidad. Bajo la premisa de que la culpabilidad recae sobre un injusto (previamente constituido), la manera en que este último se ha configurado necesariamente habrá de tenerse en vista a la hora de articular el correspondiente juicio de reproche. Más concretamente, se trataría aquí de indagar si el agente disponía de la capacidad para comprender y ajustar su comportamiento con arreglo a la o las medidas de cuidado que le hubiesen permitido no autoengañarse respecto de circunstancias fácticas posteriormente típicas, y si su adopción, además, resultaba o no exigible en su caso.

Nótese que, aun cuando tales vicisitudes pudieran reclamar atención ya a nivel de imputación subjetiva –bajo la forma, por ejemplo, de un error de tipo psíquicamente condicionado, excluyente del dolo–, la pregunta acerca de los presupuestos de la culpabilidad en sentido estricto no deviene superflua. Ello, porque todavía restaría verificar si el déficit en cuestión, además de afectar la capacidad de acción del agente, comprometió asimismo su capacidad de motivación. En otras palabras, la exclusión del dolo basada en el «adelantamiento» de una circunstancia que, a nivel de culpabilidad, habría sido candidata para fundamentar una causa de inculpabilidad o de exculpación, no impide que, eventualmente, el hecho sí pueda llegar a constituir un injusto imprudente culpable, si es que los presupuestos de la culpabilidad se satisfacen con respecto a la infracción imputable de la correspondiente medida de cuidado.

A fin de evaluar sintéticamente el nexo anticipado, primero, se explorará la posibilidad de que una causa de inimputabilidad afecte la capacidad del agente para motivarse a adoptar una o más medidas que le prevengan de autoengañarse sobre un determinado estado de cosas. De modo análogo, en segundo lugar se discutirá en torno a instancias de autoengaño que podrían incidir en la conciencia de la ilicitud de quien lo padece, bajo la forma de un error directo o indirecto de prohibición. Finalmente, se analizará cómo ciertos casos de autoengaño podrían originarse en circunstancias que atañen a la exigibilidad de la adopción de una o más medidas de cuidado, las que habrían evitado que una persona se autoengañara respecto de hechos con relevancia típica.

---

<sup>103</sup> En esa dirección, sin embargo, TASLITZ, *Harvard Journal of Law & Gender*, (28), 2005, p. 413; WIELAND, *Ethical Theory and Moral Practice*, (20), 2017, p. 112, n. 16.

#### 4.1. Autoengaño e imputabilidad

No es inusual que el autoengaño sea caracterizado como una instancia de irracionalidad teórica<sup>104</sup>, pues quien lo padece generalmente tiene a su alcance evidencia suficiente, que apunta en una dirección diametralmente opuesta a la creencia errónea que hace suya. De lo anterior, sin embargo, no cabe desprender que el autoengaño sea un fenómeno «arracional», en términos de que el agente carezca, situacional o permanentemente, de la capacidad para actuar conforme a razones<sup>105</sup>. Si una persona desea fervientemente que algo sea o no el caso, su autoengaño al respecto precisamente responderá a una razón (asunto distinto es que se trate de una razón carente de sustento epistémico). Generalmente, el autoengaño es el resultado de estrategias psicológicas que presuponen la capacidad del agente para comprender el sentido negativo de ciertos eventos, y es precisamente por eso que se activan procesos de racionalización tendentes a cambiar su percepción sobre tales asuntos<sup>106</sup>.

De cara a su repercusión jurídico-penal, que es lo que aquí interesa, la prevención anterior hace posible introducir la siguiente premisa: el autoengaño no necesariamente es un problema de (in)imputabilidad. Lo anómalo del autoengaño reside, fundamentalmente, en el proceso que conduce a la formación sesgada de una creencia errónea –proceso que compromete aptitudes cognitivas relevantes, como la memoria, la percepción o la atención–, mas no habitualmente en la incapacidad del agente para resistirse a ello –o no de un modo tal que el autoengaño tenga que entenderse inexorablemente como la consecuencia de una patología en sentido clínico–. Con todo, lo anterior no excluye la posibilidad de que sean concebibles ciertos escenarios en los que es un trastorno psíquico severo lo que determina que una persona acuda al autoengaño como mecanismo para regular sus propias emociones. Para ello, considérese –por mor del argumento– el siguiente caso ficticio:

«El reloj falso». En 2022, como regalo de cumpleaños, N recibe un reloj de parte de A, su abuelo y única figura paterna. Dada la situación económica de A, N sospechaba que el reloj no podría ser auténtico, pese a su apariencia fidedigna. Además, N sabía que A solía comprar objetos de segunda mano. Tras la muerte de A, poco después de su cumpleaños, N empezó a padecer de trastorno depresivo mayor, diagnóstico que se expresó, entre otras cosas, en una idealización de la persona de A. En 2025, época en la que N ya se encontraba persuadido de la autenticidad del último obsequio que recibiera de A, bajo un apuro económico, se ve en la dolorosa necesidad de desprenderse del reloj. Atribuyéndole un valor altamente superior al real, N vende el objeto al comprador inexperto C, causando a este un perjuicio patrimonial.

Al explorar la configuración de una potencial estafa, si N hubiese vendido el reloj a C en 2022, una imputación a título de dolo no tendría que resultar conflictiva. Pero en el caso propuesto el problema surge justamente por el hecho de que, al instante de ejecutar el comportamiento típico, N ya había adquirido una representación errónea sobre la autenticidad del reloj, pues, tiempo

<sup>104</sup> Al respecto, BARNES, *Seeing through Self-deception*, 1997, pp. 135 ss.; FUNKHOUSER, *Self-deception*, 2019, p. 48.

<sup>105</sup> Véase DAVIDSON, *Problems of Rationality*, 2004, p. 169; AUDI, *Action, Intention and Reason*, 1993, p. 223. Según DENNETT, *Brainstorms*, 1981, p. 330, el autoengaño –al igual que la acrasia– es una «patología normal», en la que, mientras una persona se comporta de cierta manera, razona sin embargo de forma distinta. En el debate jurídico-penal angloamericano, véase GARVEY, «Insanity», en ALEXANDER/FERZAN (eds.), *The Palgrave Handbook of Applied Ethics and the Criminal Law*, 2019, p. 399, puntualizando que la irracionalidad inherente al autoengaño no lo convierte en un problema de inimputabilidad (*insanity*).

<sup>106</sup> BAYNE/FERNÁNDEZ, *Delusions, Self-Deception, and Affective Influences on Belief-formation*, 2010, p. 5.

atrás, un trastorno severo del estado de ánimo le llevó a autoengañarse al respecto<sup>107</sup>. Así, aunque es cierto que N ha causado una representación errónea en C sobre la calidad del objeto material, ello obedece a que, en el momento de la venta, N padece el mismo error. Esto último no torna impertinente la pregunta acerca de si N habría podido evitar incurrir en ese déficit, aunque sí podría dificultar en grado sumo la evitabilidad del error de tipo, en la medida en que, bajo sus condiciones, N no haya previsto ni haya podido prever que, a raíz de su depresión, tres años después ignoraría estar produciendo un perjuicio patrimonial a un tercero<sup>108</sup>.

Junto con escenarios análogos al recién ilustrado, hay cuando menos otros dos grupos de casos en los que eventualmente podría trabarse algún nexo entre autoengaño e imputabilidad: los delirios y las adicciones. A continuación, serán examinados breve y separadamente.

Desde hace tiempo en la dogmática penal se discute la posibilidad de que un trastorno mental o una alteración psíquica redunde en una representación falsa sobre circunstancias típicamente relevantes (el llamado «error de tipo psíquicamente condicionado»)<sup>109</sup>. Como se sabe, algunos trastornos del espectro de la esquizofrenia suelen manifestarse en delirios, es decir, «creencias fijas que no son susceptibles de cambiar a la luz de la evidencia en contra»<sup>110</sup>. Entre ellos, cabe destacar aquí los siguientes. Uno de los más comunes es el delirio persecutorio (una persona cree que será dañada o acosada por otra o por un grupo)<sup>111</sup>, el cual perfectamente podría dar lugar, por ejemplo, a la imputación falsa de un delito o a una representación errónea de los presupuestos fácticos de una causa de justificación. Asimismo, el delirio celotípico o Síndrome de Otelo (la convicción firme, pero infundada, que alberga una persona acerca de la infidelidad de su pareja), el cual podría redundar, por ejemplo, en delitos contra la vida o la salud individual<sup>112</sup>. Por su lado, el delirio de grandeza (una persona cree que cuenta con habilidades, riqueza o fama excepcionales) eventualmente podría conectarse con fraudes patrimoniales. A su vez, el delirio erotomaniaco (una persona cree erróneamente que otra está enamorada de él o de ella)<sup>113</sup> acaso podría conducir a que alguien ignore la ausencia de consentimiento de otra persona en un contexto de intimidad, dando ello lugar a un delito sexual<sup>114</sup>. En fin, el delirio querulante (una

<sup>107</sup> Aunque las características del caso quizá inviten a considerar una posible instancia de acrasia, el modo en que se ha abordado responde a la prioridad analítica que reclama el examen de una potencial causa de inculpabilidad respecto de una potencial causa de exculpación. En efecto, si se configura una causa de inculpabilidad, por carecer el agente de la capacidad de motivarse conforme a la norma, sería contradictorio consultar además la exigibilidad de su seguimiento; solo si el agente disponía de aquella capacidad adquiere sentido la pregunta por una potencial causa de exculpación. Detenidamente al respecto, MAÑALICH, «La exculpación como categoría del razonamiento práctico», *InDret*, (1), 2013, pp. 9 ss.

<sup>108</sup> La clausura de la punibilidad de la estafa a título imprudente no impide efectuar este ejercicio teórico, pues aquí se está explorando la posibilidad de constitución de un injusto imprudente culpable, lo que es analíticamente independiente de que este, además, resulte punible o no.

<sup>109</sup> Sobre este asunto, véase SILVA SÁNCHEZ, «¿Medidas de seguridad sin imputación subjetiva? Consecuencias de la incidencia de anomalías y alteraciones psíquicas en niveles sistemáticos distintos de la imputabilidad», en ZUGALDÍA ESPINAR/LÓPEZ BARJA DE QUIROGA (eds.), *LH Bacigalupo*, 2004, pp. 870 ss.; MOLINA FERNÁNDEZ, «Error de tipo derivado de anomalías o alteraciones psíquicas: un difícil desafío para la teoría del delito», *Icade*, (74), 2008, pp. 137 ss.; REYES ALVARADO, «Imputabilidad e imputación», *InDret*, (2), 2024, pp. 247 ss.

<sup>110</sup> AMERICAN PSYCHIATRIC ASSOCIATION, *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM-5-TR), 5ª ed., 2022, p. 101.

<sup>111</sup> AMERICAN PSYCHIATRIC ASSOCIATION, *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM-5-TR), 5ª ed., 2022, p. 101. Sobre el autoengaño por delirio persecutorio, véase MCLAUGHLIN, en MCLAUGHLIN/RORTY (eds.), *Perspectives on Self-Deception*, 1988, p. 40.

<sup>112</sup> Para un estudio de casos de esta índole, véase SILVA/FERRARI/LEONG/PENNY, «The dangerousness of persons with delusional jealousy», *Journal of the American Academy of Psychiatry and the Law*, (26-4), 1998, p. 609.

<sup>113</sup> BORTOLOTTI, *The Epistemic Innocence of Irrational Beliefs*, 2020, p. 96.

<sup>114</sup> Al respecto, en profundidad, TASLITZ, *Harvard Journal of Law & Gender*, (28), 2005, pp. 394 ss.

persona se representa a sí misma constantemente ofendida por otras, lo que la lleva a presentar denuncias o iniciar contiendas)<sup>115</sup>, ciertamente, podría conectarse también con la imputación falsa de delitos. Cada uno de los trastornos delirantes recién expuestos podría alterar de manera aguda las capacidades cognitivas y volitivas de quien los padece y, con ello, en los supuestos de mayor gravedad, llegar a sustentar su inimputabilidad o, en su caso, una eximente incompleta. Desde luego, esto último dependerá de factores tan variables como su duración y persistencia en el tiempo, lo alterado de los comportamientos a los que dan lugar, su impacto o ramificaciones en otras esferas de la conducta del agente y, especialmente, lo extravagante que resulte la creencia delirante en virtud de cuán divorciada se encuentre de la evidencia disponible y de otros datos objetivos<sup>116</sup>.

De acogerse una aproximación epistémica respecto de los delirios, estos últimos y el autoengaño compartirían el estatus de creencias irracionales<sup>117</sup>. Ello, sin embargo, no impide advertir que la situación del autoengañado difiere sensiblemente de la de quien padece un delirio. En el primer caso, el agente se halla en condiciones tanto de reconocer la evidencia fiable de la que se aleja como de identificar la inverosimilitud de la creencia que hace suya, aspectos que generalmente no están al alcance de quien alberga una creencia delirante<sup>118</sup>. De este modo, lo que descarta que la diferencia entre ambos fenómenos sea puramente gradual, e impide que el autoengaño, por sí solo, pueda estimarse como una causa de semiinimputabilidad, es que este último suele suponer una gestión motivacionalmente sesgada de la evidencia disponible; por el contrario, en el delirio no hay engaño alguno<sup>119</sup>. Ciertamente, lo anterior no modifica el hecho de que, al igual que el autoengaño, la creencia delirante también puede producir un error de tipo, empero, el origen patológico de la segunda es un rasgo distintivo que incide de modo decisivo en el juicio en torno a la (in)vencibilidad de aquel error. Formulado de otra manera: respecto de la persona que sufre un delirio, también es totalmente pertinente examinar la evitabilidad del déficit; no obstante, su capacidad de control a la hora de adoptar la medida de cuidado que le hubiese permitido evitar padecer dicho error, por lo general, será notablemente inferior a la de quien se autoengaña, lo que podría excluir la configuración de un injusto imprudente culpable en el caso de la primera.

Otra posible intersección entre autoengaño e imputabilidad puede hallarse en el plano de las adicciones. Una arista de la literatura en torno al autoengaño se ha ocupado de indagar cómo el razonamiento práctico de la persona adicta a bebidas alcohólicas, estupefacientes o sustancias psicotrópicas suele estar afectado por aquel sesgo cognitivo. Se trata de casos, en absoluto extravagantes, en los que una persona acude a mecanismos de racionalización –verbigracia: la

<sup>115</sup> Aunque el delirio querulante no aparece en el DSM-5-TR, sí está incluido en el listado actual de la *International Classification of Diseases*, 11ª ed. (ICD-11), apartado 6D10.Z (disponible en: <https://icd.who.int/>). Sobre tal delirio, véase también MARTÍNEZ GARAY/FRIGOLS I BRINES, «Anomalía o alteración psíquica y trastorno mental transitorio», en MOLINA FERNÁNDEZ (coord.), *Memento Penal 2023*, 2022, p. 283, con jurisprudencia al respecto.

<sup>116</sup> Rotulados «delirios extravagantes» (*bizarre delusions*) por la AMERICAN PSYCHIATRIC ASSOCIATION, *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM-5-TR), 5ª ed., 2022, p. 102, que los define como aquellos «claramente inverosímiles, incomprensibles por pares de la misma cultura y no procedentes de experiencias vitales ordinarias».

<sup>117</sup> Así, BAYNE/FERNÁNDEZ, *Delusions, Self-Deception, and Affective Influences on Belief-formation*, 2010, p. 2; BORTOLOTTI, *The Epistemic Innocence of Irrational Beliefs*, 2020, pp. 106 s.

<sup>118</sup> FUNKHOUSER, *Self-deception*, 2019, p. 124. Para la diferencia entre ambos fenómenos, véase también MELE, «Self-Deception and Delusions», en BAYNE/FERNÁNDEZ (eds.), *Delusions, Self-Deception, and Affective Influences on Belief-formation*, 2010, pp. 63 s.

<sup>119</sup> Como advierte MARTÍNEZ GARAY, «Incidencia de los trastornos mentales en categorías dogmáticas distintas de la imputabilidad», en CARBONELL MATEU (dir.), *La justificación penal: balance y perspectivas*, 2008, p. 368, tratándose de quien padece un delirio (como también de un cuadro esquizofrénico), el aspecto capital reside en la anomalía del proceso psíquico que genera la creencia, por lo que el contenido de los motivos pasa a un segundo plano.

minimización del daño a su salud, los pretendidos efectos compensatorios de la sustancia o comparaciones favorables con terceros– para convencerse a sí misma de que sigue gozando de una capacidad de autogobierno o incluso de que no padece de adicción alguna<sup>120</sup>. A esto último podría favorecer el hecho de que, para que tales instancias de autoengaño sean eficaces, no se precisa estar bajo dicho estado de forma permanente. La persona podría ser plenamente consciente de su adicción, tanto antes como después de un episodio de recaída, a cuya verificación puntual habrá contribuido su autoengaño<sup>121</sup>. Ahora bien, mientras más habituales sean esos episodios, desde luego, menores serán las probabilidades de un autoengaño genuino.

Aunque la situación puede variar dependiendo del concreto horizonte normativo en el que se fije la mirada, quien comete un hecho potencialmente delictivo bajo un estado de intoxicación plena, habiéndose propuesto cometerlo, habiéndolo previsto o debiendo haberlo previsto, generalmente, no es alguien que quede exento de responsabilidad penal, ya sea por aplicación de reglas legales explícitas a ese respecto o, en su ausencia, de esquemas teóricos relativos a la *alic* (si bien, en este último caso, a riesgo de infringirse el principio de legalidad). En este sentido, desde un punto de vista jurídico-penal, la dificultad que ofrecen estos escenarios no tiene que ver directamente con que la persona se autoengañe sobre su condición de adicta a una sustancia tóxica –ello, como tal, no tiene nada de ilícito–, sino más bien con el hecho de realizar, bajo el influjo severo de la misma, algún comportamiento típico, habiendo quizá carecido –y aquí reside el posible conflicto– de toda capacidad para evitar dicho déficit. En efecto, quien ha desarrollado la necesidad adictiva de consumir una sustancia tóxica es alguien que ha de adoptar medidas de resguardo más estrictas en comparación con el resto. Pues, pese a que no hace falta algún grado de adicción para que el consumo de aquellas sustancias comprometa las capacidades psicofísicas de una persona, en este caso, la potencial encrucijada podría radicar justamente en el hecho de que el autoengañado sobre su adicción no se percibe a sí mismo en un escenario de especial vulnerabilidad, ni, por ende, bajo la necesidad de adoptar medidas adicionales de cuidado. En otros términos, lo afectado no sería solamente la fuerza motivadora del agente, sino también su capacidad para evaluar las circunstancias particulares bajo las que se encuentra<sup>122</sup>.

Con todo, el obstáculo antes descrito podría relativizarse de forma significativa si se considera que, en estos contextos, usualmente el autoengaño es producto de ejercicios de racionalización que presuponen una autoconciencia y una ponderación acerca de los costos y beneficios que comporta mantenerse al margen de la sustancia versus los asociados a su consumo<sup>123</sup>. Esto último refuerza soluciones normativas, como la del Código penal español (artículo 21.2), donde la adicción grave, a diferencia de la intoxicación aguda, solamente atenúa la responsabilidad penal. Pues, en efecto, la (in)imputabilidad referida al seguimiento de la norma de comportamiento quebrantada (por ejemplo: no lesionar a otro) no afirma ni excluye la (in)imputabilidad referida a la aplicación de una medida de cuidado (por ejemplo: no beber alcohol) que hubiese permitido

<sup>120</sup> En detalle sobre la relación entre autoengaño y adicción, HANSON, *Thinking about Addiction*, 2009, pp. 45 ss.

<sup>121</sup> Véase DARWALL, en MCLAUGHLIN/RORTY (eds.), *Perspectives on Self-Deception*, 1988, p. 413; con aplicación al ámbito jurídico-penal, véase MOORE, *Mechanical Choices. The Responsibility of the Human Machine*, 2020, p. 504; SILVA SÁNCHEZ, *PG*, 2025, 28/76.

<sup>122</sup> Así, WHITE, «Self-Deception and Responsibility for the Self», en MCLAUGHLIN/RORTY (eds.), *Perspectives on Self-Deception*, 1988, p. 458.

<sup>123</sup> Dicha descripción, por lo demás, permite abarcar tanto la situación de quienes se abstienen de consumir una sustancia como la de quienes lograron hacerlo durante algún periodo. De ahí que, según WALKER, «Addiction and Self-Deception: A Method for Self-Control?», *Journal of Applied Philosophy*, (3), 2010, p. 313, una persona adicta también podría disponer de algún grado de control (si bien relativo). Pues una cosa es la dificultad (en ocasiones, muy elevada) de ajustarse a la alternativa preferida y otro asunto distinto es carecer de toda opción al respecto.



al respectivo agente conservar sus capacidades para comprender y ceñir su comportamiento con arreglo a aquella norma. A diferencia de lo que ocurre con las creencias delirantes, en el pensamiento adictivo suele haber acceso cognitivo a la evidencia objetiva disponible, así como una capacidad –aunque más o menos menguada, dependiendo de cada caso– para ajustarse a dicha comprensión.

Por último, conviene consignar una manifestación de autoengaño en cierto modo inversa a la recién expuesta, pero que se deja solucionar jurídico-penalmente de manera análoga. Se trata de supuestos en que una persona, radicalizando su vulnerabilidad ante una determinada sustancia, termina convenciéndose, en contra de la evidencia disponible, de que todo intento de abstención resultaría inútil<sup>124</sup>. En tales casos, el autoengaño consiste en que el agente cree sufrir, de manera permanente, de una pérdida absoluta de control, cuando objetivamente no es así. Por lo demás, un escenario como ese sería totalmente incongruente con la visión que proyecta cualquier tratamiento médico que tenga mínimamente en cuenta la autonomía del paciente y los riesgos asociados a su desmoralización. Por lo tanto, al igual que en el caso anterior y más allá de que exista o no una solución legal expresa, tampoco parece plausible que un autoengaño de esta índole pueda llegar a eximir plenamente de responsabilidad penal a quien lo padece.

#### 4.2. Autoengaño y conciencia de la antijuridicidad

Hasta el momento, en este trabajo se ha procurado mostrar principalmente cómo la adquisición de una creencia errónea vía autoengaño podría generar dificultades a nivel de imputación subjetiva. En particular, esto ocurrirá cuando el autoengaño recaiga sobre circunstancias fácticas que posteriormente exhibirán relevancia típica. Bajo tales condiciones, si la respectiva instancia de autoengaño redunda en un error de tipo, por añadidura, dará lugar también a un error de prohibición: quien desconoce una situación de hecho es alguien que, necesariamente, ignorará su estatus de prohibida o no permitida<sup>125</sup>.

Para ilustrar el argumento, considérese de nuevo dos ejemplos expuestos al inicio del trabajo. En «El examen médico», el autoengaño del paciente sobre su condición de portador de un virus de transmisión sexual implicará que este ignore, igualmente, la antijuridicidad de su comportamiento, por ejemplo, a la luz de la norma que prohíbe lesionar a otro. Lo mismo podría suceder cuando se quebranta una norma de mandato. Como se observa en «El dilema familiar», una persona que, en posición de garante, adquiere la creencia errónea de que los comportamientos que un tercero realiza con una menor de edad –cuya indemnidad sexual aquella persona debe proteger– son acciones que carecen de significación sexual, es alguien que ya no podrá tener por generada la correspondiente situación típica –que activa su deber de impedir esas acciones–, ni tampoco representarse como antijurídica su propia omisión.

Así, se puede afirmar que el dolo constituye un presupuesto de la conciencia de la antijuridicidad, mientras que la ausencia de esta última, sin eliminar el dolo («natural») ya configurado, lo convierte en uno jurídico-penalmente «infértil», al menos para un reproche de culpabilidad<sup>126</sup>. No obstante, de lo anterior no se sigue que todo error de prohibición presuponga un error de tipo.

<sup>124</sup> Sobre este problema, véase WALKER, *Journal of Applied Philosophy*, (3), 2010, pp. 311 ss.

<sup>125</sup> Al respecto, véase MAÑALICH, «El delito como injusto culpable. Sobre la conexión funcional entre el dolo y la conciencia de la antijuridicidad en el Derecho penal chileno», *Revista de Derecho*, (24), 2011, pp. 100 s.; ORTIZ DE URBINA GIMENO, «El error sobre los presupuestos fácticos de una causa de justificación: argumentos para su consagración legislativa», en ACEVEDO/COLLADO/MAÑALICH (eds.), *LH Ortiz Quiroga*, 2020, p. 240.

<sup>126</sup> Así, MAÑALICH, *Revista de Derecho*, (24), 2011, p. 99.

Desde luego, esta última clase de error podría no verificarse si es que el agente está al tanto de las circunstancias fácticas, y lo que ignora, en cambio, es la antinormatividad que ellas fundamentan. De esta manera, lo que interesa destacar ahora no es la posibilidad, ya examinada, de que una persona se autoengaño respecto del alcance de su comportamiento, sino más bien sobre el sentido antinormativo del mismo<sup>127</sup>. Que dicha posibilidad resulta plenamente factible lo revelan las llamadas «técnicas de neutralización», un fenómeno al que se ha prestado atención especialmente en la criminología, como se puntualiza brevemente enseguida.

Las técnicas de neutralización hacen referencia a un heterogéneo grupo de recursos psicológicos mediante los cuales una persona elimina o suspende su juicio crítico acerca de la transgresión de normas a las que ella misma, paradójicamente, suele adherir, por la vía de convencerse de que su comportamiento justamente no las quebranta<sup>128</sup>. De esta forma, al centrarse en la manera en que el propio agente discierne su comportamiento, las técnicas de neutralización propiciarían su autoengaño<sup>129</sup>. En general, el argumento tiende a caracterizarse como una deriva de las teorías del aprendizaje social, pues, a través de tales herramientas, el agente obtendría estrategias sobre cómo desplegar comportamientos desviados (sin que ello, necesariamente, sea su motivación ulterior). El principal efecto asociado a estos mecanismos es mitigar las valoraciones que, en un inicio, podrían haber inhibido al agente de ejecutar comportamientos cuya ilicitud normalmente conoce. Ello es posible tanto si se neutraliza el carácter prohibido de un comportamiento como si se pretende contrarrestar esa prohibición mediante una supuesta permisión particular.

Lo primero podría ocurrir si el agente niega la incorrección de su comportamiento o infravalora la gravedad o significación antijurídica de un daño del que es consciente<sup>130</sup>. Al respecto, cobra especial interés la frecuente apelación al grado de difusión de esa conducta en terceros, generalmente articulada bajo la fórmula: «¡Todo el mundo lo hace!»<sup>131</sup>. Una técnica similar, aunque situada ahora a nivel de norma de sanción, es el razonamiento falaz según el cual, de la ausencia de responsabilidad, cabría inferir la falta de incorrección de la conducta<sup>132</sup>. En fin, también es posible que alguien se convenza erróneamente de que, en caso de generarse alguna responsabilidad penal por ciertos hechos, esta recaería sobre otra u otras personas –porque, en

<sup>127</sup> Sobre la diferencia entre un error acerca de un estado de cosas y un error de sentido, subyacente a la distinción entre error de tipo y error de prohibición, véase por todos KINDHÄUSER, «El error sobre las circunstancias del hecho frente al error de prohibición», *Revista de Estudios de la Justicia*, (31), 2019, pp. 135 s.

<sup>128</sup> Pioneros al respecto, SYKES/MATZA, «Techniques of Neutralization: A Theory of Delinquency», *American Sociological Review*, (22-6), 1957, pp. 664 ss. Para una visión panorámica, véase MARUNA/COPEs, «What Have We Learned from Five Decades of Neutralization Research?», *Crime and Justice*, (32), 2005, pp. 228 ss.; KAPTEIN/VAN HELVOORT, «A model of neutralization techniques», *Deviant Behavior*, (40), 2019, p. 1261.

<sup>129</sup> MARUNA/COPEs, *Crime and Justice*, (32), 2005, p. 236; HEATH, «Business Ethics and Moral Motivation: A Criminological Perspective», *Journal of Business Ethics*, (83), 2008, p. 604. Acerca de la posibilidad de «hacerse trampas a uno mismo», véase GREEN, *Mentir, hacer trampas y apropiarse de lo ajeno*, 2013, p. 104.

<sup>130</sup> Al respecto, SYKES/MATZA, *American Sociological Review*, (22-6), 1957, p. 667; KAPTEIN/VAN HELVOORT, *Deviant Behavior*, (40), 2019, pp. 1266 ss.

<sup>131</sup> HEATH, *Journal of Business Ethics*, (83), 2008, p. 603; RABL/KÜHLMANN, «Why or why not? Rationalizing Corruption in Organizations», *Cross Cultural Management International Journal*, (16), 2009, p. 276. Detalladamente al respecto, ya HUSAK, «The “But-Everyone-Does-That!” Defense», *Public Affairs Quarterly*, (10), 1996, pp. 321 ss., según quien la plausibilidad de esa potencial excusa depende de si acaso, bajo las circunstancias del agente, el resto de la comunidad tendería a comportarse como él. Esto último demanda –como advierte el propio HUSAK– una evidencia empírica que, de no hallarse disponible, obviamente, dificultará el éxito de la defensa.

<sup>132</sup> De acogerse la tesis según la cual la conciencia de la ilicitud ha de abarcar también la punibilidad del hecho –aquí no suscrita, en atención a la distinción entre norma de comportamiento y norma de sanción–, posiblemente, las alegaciones de ese género verían incrementada su plausibilidad. Para un sugerente tratamiento de este debate, véase recientemente PUENTE RODRÍGUEZ, *El error de prohibición en el Derecho penal económico*, 2024, pp. 227 ss.

definitiva, solo el comportamiento de ellas estaría prohibido—. Este último constituye un sesgo cognitivo frecuente en el seno de estructuras jerárquicas<sup>133</sup>, si bien podría presentarse asimismo en otros ámbitos (verbigracia: el de las asesorías técnicas en contextos de evasión tributaria). Paralelamente, son factibles escenarios en que lo neutralizado no es la prohibición de un comportamiento, aspecto que aún sería reconocido por un agente quien, sin embargo, sí asumiría erróneamente que, en su caso en particular, esa conducta estaría permitida. Ello podría ocurrir cuando se apela a circunstancias extraordinarias que habrían llevado al agente a persuadirse a sí mismo de que, «en su lugar, no había otra salida», responsabilizando al contexto por «no haberle dejado otra opción»<sup>134</sup>. Dicha alegación guarda cierta similitud con lo que, en clave dogmática, se conoce como suposición errónea de los presupuestos fácticos de un estado de necesidad<sup>135</sup>.

Como se puede deducir del examen efectuado hasta aquí, el autoengaño producido a partir de algunas de las técnicas de neutralización antes descritas podría hallar un terreno fértil de aplicación en el Derecho penal empresarial<sup>136</sup>. No es casualidad que, en sus orígenes, el análisis criminológico del argumento haya puesto el foco, justamente, en cómo el llamado «delincuente de cuello blanco» suele adoptar mecanismos que racionalizan sus comportamientos delictivos, de tal manera que, «aun cuando quebranta la ley, no se concibe a sí mismo como criminal»<sup>137</sup>. Además de venir en consideración técnicas como las ya mencionadas –que niegan la ilicitud de un comportamiento o articulan razones justificantes–, son de interés otros sesgos cognitivos. Uno de los más prevalentes en este contexto es el autoengaño como herramienta para mantener la «ilusión de control» ante la incertidumbre, el azar o las dudas sobre las propias capacidades o el resultado de negocios importantes<sup>138</sup>. Enraizado en diversos niveles organizacionales, dicho mecanismo de protección podría ser parte nuclear de una cultura empresarial normativamente deficitaria, donde más bien la no asunción de riesgos o la indecisión se interpretarían como algo anómalo. En tales contextos, como sugiriera ya LANGEVOORT, el autoengaño sobre la licitud de ciertas maniobras podría llegar a considerarse incluso como «necesario», a efectos de mantener esa ilusión de control y de reducir la ansiedad ante la falta de certidumbre<sup>139</sup>.

Por su parte, las propias dinámicas de grupo, y las relaciones jerárquicas que se desarrollan en su seno, también suelen favorecer la producción de importantes sesgos cognitivos. En ese sentido, cabe destacar, entre otros, el «sesgo de conformidad», esto es, la tendencia de un individuo a

<sup>133</sup> RABL/KÜHLMANN, *Cross Cultural Management International Journal*, (16), 2009, p. 272; KAPTEIN/VAN HELVOORT, *Deviant Behavior*, (40), 2019, p. 1274.

<sup>134</sup> KAPTEIN/VAN HELVOORT, *Deviant Behavior*, (40), 2019, pp. 1272 ss.

<sup>135</sup> Como sugiere TASLITZ, *Harvard Journal of Law & Gender*, (28), 2005, p. 415, ello podría quedar ilustrado con el caso de los directivos de una empresa que, sabiendo que la colusión es «técnicamente ilícita», se convenceren de que, en su caso, resulta indispensable para conservar los empleos de sus trabajadores.

<sup>136</sup> Sobre el asiduo empleo de técnicas de neutralización en el marco corporativo, véase HEATH, *Journal of Business Ethics*, (83), 2008, pp. 605 ss.; SILVA SÁNCHEZ/VARELA, en SILVA SÁNCHEZ (dir.), *Criminalidad de empresa y Compliance*, 2013, pp. 278 s.; MCGRATH, *Law and Social Change*, (75), 2021, pp. 423 ss.; TURIENZO FERNÁNDEZ/CIGÜELA SOLA, «Cultura de cumplimiento: más allá de la ética corporativa (y del principio del hecho)», en CORCOY BIDASOLO/GÓMEZ MARTÍN (dirs.), *El principio de responsabilidad penal por el hecho*, 2024, pp. 270 ss.

<sup>137</sup> SUTHERLAND, *White Collar Crime. The Uncut Version*, 1983, p. 230.

<sup>138</sup> Véase LANGEVOORT, «Organized Illusions: A Behavioral Theory of Why Corporations Mislead Stock Market Investors (and Cause Other Social Harms)», *University of Pennsylvania Law Review*, (146), 1997, p. 139; SILVA SÁNCHEZ/VARELA, en SILVA SÁNCHEZ (dir.), *Criminalidad de empresa y Compliance*, 2013, pp. 267 ss., 276 ss.; MANSDÖRFER, *Vorsatz und Entscheidung*, 2024, pp. 26 s.

<sup>139</sup> LANGEVOORT, *University of Pennsylvania Law Review*, (146), 1997, p. 139.

alinearse con la opinión de una mayoría o de un grupo al cual pertenece<sup>140</sup>. Como consecuencia de ello, es posible que alguien, inicialmente consciente de la ilegalidad de los patrones de conducta colectivos, acabe convenciéndose erróneamente de la corrección de las reglas y de los comportamientos seguidos por la mayoría, en busca de su adaptación al grupo o de obtener la validación de sus pares y/o de sus superiores. Igualmente relevante son los efectos del «rol asignado» y del «rol asumido», en los que la valoración personal de ciertas clases de conducta y la percepción de su antijuridicidad resultan erosionadas por los códigos grupales, en tanto que vía de integración a la respectiva cultura empresarial<sup>141</sup>.

Como podrá notarse a partir de la panorámica proyectada –y si se asume una comprensión «no-intencionalista» del autoengaño–, es plenamente factible que una persona ignore el carácter prohibido de su comportamiento por haberse persuadido a sí misma sobre ese extremo<sup>142</sup>. Así, si el desajuste en su representación solo se refiere al sentido antijurídico de lo ejecutado u omitido, pero no a las circunstancias fácticas en las que se ha desenvuelto, entonces, el agente padecerá un error de prohibición, cuya modalidad concreta de punibilidad dependerá, por supuesto, del régimen adoptado por el respectivo ordenamiento. Lo que interesa subrayar aquí –en consonancia con lo sugerido a nivel de imputación subjetiva– es el carácter generalmente evitable de un error producido y padecido bajo semejantes condiciones. Las precauciones epistémicas que se espera que una persona aplique en aras de evitar autoengañarse respecto de hechos que, por su eventual relevancia jurídico-penal, son de su incumbencia, corresponden a medidas que también habrían de ser adoptadas cuando de lo que se trata es de evitar que esa misma persona erosione su conocimiento sobre el carácter antijurídico de aquellos hechos.

#### 4.3. Autoengaño y exigibilidad de una motivación conforme a cuidado

Por último, cabe examinar sintéticamente cómo ciertas instancias de autoengaño podrían relacionarse con categorías pertenecientes a la dogmática de la exculpación. Ello supone partir de la base de que la disposición emocional de un individuo podría incidir de modo decisivo en su apreciación de un estado de cosas o en la identificación correcta de las consecuencias derivadas de su comportamiento<sup>143</sup>. Este nexo ha sido abordado, entre otros contextos teóricos, en el debate en torno a la ignorancia deliberada, donde no es inusual que se asigne un papel protagónico a la

<sup>140</sup> RABL/KÜHLMANN, *Cross Cultural Management International Journal*, (16), 2009, p. 272; SILVA SÁNCHEZ/VARELA, en SILVA SÁNCHEZ (dir.), *Criminalidad de empresa y Compliance*, 2013, p. 276. En detalle sobre la adaptación y habituación a comportamientos delictivos, especialmente en materia de corrupción, ya ASHFORTH/ANAND, «The normalization of corruption in organizations», *Research in Organizational Behavior*, (25), 2003, pp. 13 ss.

<sup>141</sup> Así, SILVA SÁNCHEZ/VARELA, en SILVA SÁNCHEZ (dir.), *Criminalidad de empresa y Compliance*, 2013, pp. 278 s. Véase también MCGRATH, *Law and Social Change*, (75), 2021, p. 418.

<sup>142</sup> Del sinóptico examen aquí ofrecido, aflora también la posibilidad de que, junto con instancias de autoengaño individual, puedan verificarse otras de carácter colectivo, en las que dos o más personas, habiendo operado alguna técnica de neutralización, llegan a compartir el estatus de autoengañadas sobre un mismo asunto. Al respecto, FUNKHOUSER, *Self-deception*, 2019, p. 243; DEWEESE-BOYD, en ZALTA/NOELMAN (eds.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, 2023. Naturalmente, no habrá autoengaño si el sesgo cognitivo que erosiona la conciencia de la ilicitud de quien ejecuta el comportamiento típico ha sido producido por otro sujeto (bajo la potencial calidad de autor mediato), lo que, sin embargo, no descartará de antemano la posibilidad de que el primero de ellos responda a título de imprudencia –abierto su *numerus clausus*–, por no haber adoptado las medidas de cuidado que le hubiesen permitido evitar ser instrumentalizado por otro.

<sup>143</sup> Al respecto, véase STUCKENBERG, *Vorstudien zu Vorsatz und Irrtum im Völkerstrafrecht*, 2007, pp. 268 s.; HÖRNLE, *JZ*, (74), 2020, p. 442.

clase de razones que impulsa a un sujeto a producir o preservar un estado de desconocimiento<sup>144</sup>; así como también al hilo de una posible autoría mediata por imprudencia, bajo aquella modalidad en que el hecho es reconducible a la «persona de atrás», cuando esta ha coaccionado a la «persona de delante» a obrar de manera contraria a cuidado, pero sin que la primera haya previsto la realización del correspondiente comportamiento típico por parte de la segunda<sup>145</sup>.

Como se ha insistido en este análisis, que el autoengaño represente un problema a nivel de imputación subjetiva no significa que la situación motivacional del agente sea irrelevante. Al contrario, una vez respondida afirmativamente la pregunta sobre si pudo y tuvo que haber adoptado alguna medida de cuidado que le hubiese permitido evitar autoengañarse respecto de circunstancias que resultarían típicamente relevantes, aún debe indagarse si, bajo la situación en que se encontraba, era o no exigible a ese agente haber priorizado en su razonamiento práctico la adopción de un comportamiento conforme a cuidado, por encima de la alternativa de conducta, contraria a este, finalmente escogida (como sería justamente la de autoengañarse).

El grupo de casos que mejor retrata la potencial tensión recién descrita es el del autoengaño por acrasia. La acrasia, también conocida como «debilidad de voluntad», es una forma de irracionalidad práctica –no teórica, como el autoengaño–, pues quien la padece se deja motivar por razones que sabe que no son las mejores, y, sin embargo, aun así termina *actuando* «en contra de su mejor juicio»<sup>146</sup>. La hipótesis de una eventual falta de control por parte del agente acrático explica que, en su caso, la atribución de responsabilidad (tanto moral como jurídica) no se halla exenta de dificultades<sup>147</sup>. Sobre esto último se volverá más adelante. Por de pronto, es preciso reparar en lo siguiente: dado que la acrasia contiene una condición epistémica –es decir, el agente reconoce que no está tomando como base su mejor juicio práctico–, en principio, no es simultáneamente compatible con el autoengaño, que presupone una falta de consciencia acerca de la falsedad de la creencia adquirida. Sin embargo, ello no impide que una «acrasia epistémica» pueda derivar en autoengaño. Se trata de casos en los que una persona, a pesar de que advierte que tiene buenas razones para *creer* «que *p*», en contra de su mejor juicio teórico, elige dar crédito a «que no *p*». Ahora bien, solo cuando efectivamente se haya obtenido la creencia deseada –lo que generalmente se verá favorecido por la incidencia de factores emocionales agudos–, esta incontinencia epistémica habrá devenido en autoengaño<sup>148</sup>. La angustia, el miedo o la ansiedad son emociones que, dependiendo de su intensidad y de las circunstancias, podrían llegar a generar tales escenarios<sup>149</sup>. Así, bajo estas condiciones, la hipótesis que ha de explorarse es la

<sup>144</sup> Para su nexa con instancias de acrasia, véase LUBAN, «Contrived Ignorance», *Georgetown Law Review*, (87), 1999, p. 968; RAGUÉS I VALLÈS, *La ignorancia deliberada en Derecho penal*, 2007, p. 146; SARCH, *Criminally ignorant*, 2019, p. 92.

<sup>145</sup> Para tales constelaciones, véase RENZIKOWSKI, *Restriktiver Täterbegriff und fahrlässige Beteiligung*, 1997, p. 280.

<sup>146</sup> Sobre el carácter «anómalo» de ambos fenómenos, véase DENNETT, *Brainstorms*, 1981, pp. 330 ss.; acerca de su vínculo contingente, DAVIDSON, *Problems of Rationality*, 2004, pp. 200 s.; MOORE, *Mechanical Choices*, 2020, pp. 336 ss., 525, quien discurre también en torno a sus consecuencias jurídico-penales. Para un contraste entre las nociones de ignorancia y acrasia, como carencia de libertad por falta de conocimiento o por falta de voluntad, respectivamente, véase SÁNCHEZ-OSTIZ, «Coacción, intimidación y coerción en Derecho penal», *Persona y Derecho*, (81), 2019, pp. 188 ss.

<sup>147</sup> Para un esquema acerca de tratamientos posibles desde el Derecho penal, véase SILVA SÁNCHEZ, *PG*, 2025, 28/84.

<sup>148</sup> En consecuencia, como acertadamente advierte GARVEY, *Texas Law Review*, (85), 2006, p. 375, n. 132, es preciso distinguir entre una incontinencia epistémica y un autoengaño generado por debilidad de voluntad (al que la primera, solo eventualmente, podría dar lugar).

<sup>149</sup> No es inusual que ocasionalmente se caracterice (de manera peyorativa) el autoengaño como una suerte de «cobardía del espíritu». Al respecto, BARNES, *Seeing through Self-deception*, 1997, p. 158; FINGARETTE, *Self-Deception*, 2000, p. 139. Con todo, dicho modo de presentación pasa por alto que, como se ha visto, el autoengaño

posibilidad de que el agente autoengañado sea víctima, no solo del autoengaño en sí, sino también de las emociones que le conducen a autoengañarse<sup>150</sup>. Aunque, como pronto se verá, no siempre es necesariamente así, la atribución de una inmadurez emocional, si bien puede incidir favorablemente en la pregunta sobre la eventual responsabilidad penal de esa persona, como contrapartida, podría envolver un potencial riesgo de infantilización<sup>151</sup>.

De este modo, que los procesos cognitivos de una persona pueden resultar sensiblemente afectados por la influencia de sus emociones es algo que cabe afirmar de modo pacífico. Con todo, en ciertas ocasiones, la exclusión plena de responsabilidad penal podría resultar controvertida. Para ilustrarlo, considérese un caso que ha dividido opiniones en la doctrina angloamericana.

«El caso de los Williams». A y B se percatan de que una de las mejillas de su hijo C, de diecisiete meses de edad, ha adquirido un color azulado. Pensando que se trataba de un simple dolor de muelas, solo le administraron un analgésico. En realidad, C sufría un absceso dental que derivó en gangrena. Incapaz de comer, C se desnutrió y días después murió de neumonía. En un inicio, A y B eran conscientes de algunos de los riesgos que podía correr C, sin embargo, no lo llevaron a una consulta médica, pese a tener las condiciones económicas para ello, ya que temían que, al notar el aspecto de la mejilla, las autoridades de bienestar social les privaran de la custodia de C. El temor de A y B se vio reforzado en la circunstancia de que, en esa época (década de 1960, en Estados Unidos de Norteamérica), los niños nativos solían ser separados de sus familias biológicas, entregándose en adopción a otras familias no nativas. Así, el deseo de A y B de que C no fuese apartado de su hogar les impidió reconsiderar el riesgo para su vida y, con ello, la necesidad urgente de atención médica<sup>152</sup>.

El caso reseñado permite ilustrar la posibilidad de un autoengaño emocionalmente inducido, que refleja a la vez el conflicto motivacional que padecen sus protagonistas<sup>153</sup>. En efecto, como precisa GARVEY, ellos no querían creer que su omisión representaba algún riesgo para la vida de su hijo, porque, de haberlo creído, habrían tenido que elegir entre poner en peligro la vida del niño o arriesgarse a perder su custodia. Dado que los padres no querían enfrentar ese dilema,

---

no siempre estará inducido por emociones, y que, en caso de estarlo, también podrían desencadenarlo emociones positivas (como el optimismo y la esperanza).

<sup>150</sup> Cabe identificar aquí otro posible cruce de caminos con la dogmática de la estafa, en la que el estatus de víctima débil de quien padece el perjuicio patrimonial podría basarse en un desarrollo deficitario, no de su capacidad cognitiva, sino de autogestión emocional. Detenidamente sobre ello, PASTOR MUÑOZ, «La debilidad emocional y delito de estafa: sobre el alcance de la protección jurídico-penal frente al fraude», en CARNEVALI RODRÍGUEZ (dir.), *LH Künsemüller Loebenfelder*, 2023, pp. 761 ss. De esta forma, si en ese contexto la falta de adopción de «deberes de autoprotección» de parte de la víctima no cierra aún la puerta a una potencial responsabilidad de terceros por un delito de estafa, la pregunta es estructuralmente similar, cuando de lo que se trata es de indagar si la falta de aseguramiento de la propia capacidad de evitación, también por debilidad emocional, puede eximir o atenuar la responsabilidad penal de esta última persona.

<sup>151</sup> De ahí que, en el debate acerca de la responsabilidad por las emociones, las «concepciones mecanicistas» suelen criticarse por el hecho de «desintelectualizarlas», es decir, por reducir las emociones a fuerzas externas frente a las que, quien las experimenta, tendría poco o nada que hacer. Véase GONZÁLEZ LAGIER, *Emociones, responsabilidad y derecho*, 2009, pp. 36 s., 127 ss.; COPPOLA, *The Emotional Brain and the Guilty Mind*, 2021, pp. 29 ss.

<sup>152</sup> Sobre este caso, véase ROBINSON, *Would You Convict? Seventeen Cases That Challenged the Law*, 1999, pp. 132 ss.; GARVEY, *Texas Law Review*, (85), 2006, pp. 333 ss.; AGULE, «Minding Negligence», *Criminal Law and Philosophy*, (16), 2022, pp. 249 ss.

<sup>153</sup> Bajo un contexto normativo que contemple tanto el estado de necesidad exculpante como el miedo insuperable, pareciera ser que las características del caso relatado se ajustan mejor a las del segundo (sea que se apele al origen interno del apremio, sea que se utilice como criterio distintivo la capacidad del agente para tomar una decisión con su «cabeza fría»). Con más detalle acerca del límite entre ambas causas de exculpación, si bien patrocinando una solución distinta, véase VARONA GÓMEZ, «El miedo insuperable y la “ética del hormiguero”. Reflexiones sobre el papel de las eximentes fundadas en la inexigibilidad de otra conducta», *Revista de Estudios de la Justicia*, (12), 2010, pp. 87 ss. En cambio, si el conflicto existencial genera una situación de genuino terror para el agente, sin dudas, el problema será de imputabilidad. Véase, por todos, MIR PUIG, *PG*, 10ª ed., 2016, 24/25.

dicho deseo les cegó de la verdad, autoengañándose respecto de la gravedad del estado de salud de su hijo, a pesar de contar con mejores razones (epistémicas) para creer lo contrario<sup>154</sup>. De esta manera, no se trataba de un problema de imputabilidad, pues los padres del menor disponían tanto de la capacidad para comprender cuál era el comportamiento conforme a cuidado como de la capacidad para ajustar su conducta a dicha comprensión. Como en toda instancia de acrasia, la dificultad aquí residía en que, si bien la decisión de A y B revelaba una forma de irracionalidad, ello no excluía el hecho de que, desde su punto de vista, al menos existía una razón que explicaba (aunque no justificaba) por qué se comportaron del modo en que lo hicieron<sup>155</sup>.

Así las cosas, el problema capital radica en dilucidar si en escenarios análogos al descrito decae la exigibilidad de un comportamiento conforme a la norma (o conforme a cuidado, como en este caso). Un punto de partida adecuado para ello lo provee la siguiente consideración: la solución no puede depender *exclusivamente* de cuán irresistible o insuperable haya sido la manera en que el agente experimentó el conflicto, ya que el temer que algo sea o no el caso, normalmente, no es una razón admisible para formarse una creencia errónea al respecto. En este sentido, no es que la perspectiva de primera persona sea irrelevante (porque, en efecto, sí interesa), sino que no resulta autosuficiente ni decisiva, pues aún debe evaluarse qué habría hecho alguien que hubiese experimentado también las mismas motivaciones, deseos o emociones que la persona autoengañada<sup>156</sup>. Si la pretensión de vinculatoriedad prioritaria de las normas jurídicas cesara justo allí donde encuentran cierta resistencia en sus destinatarios, difícilmente podrían llegar a exhibir el estatus de razones excluyentes para la acción<sup>157</sup>. Por ello, de lo que se trata es de desentrañar cuál es la expectativa jurídica que se impondría en un determinado espacio y tiempo con respecto al hecho de que una persona en derecho, situada en la posición del agente, priorice asegurar sus capacidades para dar seguimiento a una norma<sup>158</sup>. En la reconstrucción de tal expectativa ocupará un lugar clave la importancia de los bienes jurídicos potencialmente en liza (que incluyen, por cierto, los del propio agente) y el riesgo de su posible menoscabo. El test que aquí se patrocina al respecto es el siguiente: mientras mayor sea el «costo intersubjetivo» del autoengaño en términos de las consecuencias que previsiblemente podrían seguirse de las acciones ejecutadas u omitidas bajo dicho estado, menos decisivo tendría que resultar el «costo emocional» que para el agente podría representar el tener que afrontar la verdad<sup>159</sup>.

Como se observa, pese a las restricciones que plantea, la tesis favorecida aún deja un amplio margen conceptual para la aplicación total o parcial de alguna causa de exculpación. En efecto,

---

<sup>154</sup> GARVEY, *Texas Law Review*, (85), 2006, p. 339.

<sup>155</sup> En efecto, la acrasia también involucra un ejercicio de racionalización del comportamiento de una persona, pero en el que ha de evaluarse por qué ha preferido una razón, que, sin embargo, no era la mejor dentro del elenco de razones que ella misma reconocía. Sobre ello, MAÑALICH, *InDret*, (1), 2013, p. 20, con ulteriores referencias.

<sup>156</sup> Fundamental, DEWEESE-BOYD, *Teorema*, (26-3), 2007, p. 173. En la misma dirección, BACH, *Philosophy and Phenomenological Research*, (41), 1981, p. 368; LYNCH, *Philosophical Studies*, (173), 2016, p. 516.

<sup>157</sup> Sobre el estatus de una norma como razón excluyente en el proceso deliberativo de sus destinatarios, véase RAZ, *Practical Reason and Norms*, 2ª ed., 1990, pp. 35 ss.; asimismo, MAÑALICH, *InDret*, (1), 2013, p. 3, aplicando el argumento a las causas de exculpación.

<sup>158</sup> Así, MAÑALICH, *InDret*, (1), 2013, pp. 11 s. Que el umbral de exculpación no queda exclusivamente determinado por la forma en que el agente experimenta el apremio lo revelan las reglas legales que, bajo ciertas circunstancias, imponen la obligación de tolerar el peligro. Ello también se ve reflejado en la discusión en torno a la provocación de las circunstancias fácticas fundantes de una causa de exculpación (como instancia de *alic*).

<sup>159</sup> Con fines explicativos distintos, MELE, *Self-Deception Unmasked*, 2001, pp. 31 ss., 64 s., acude a un contraste entre el malestar psicológico que para el agente podría representar el hecho de asumir la verdad sobre un estado de cosas versus las consecuencias costosas de formarse una creencia errónea al respecto; cuando prepondera lo primero, entonces el sujeto tendrá mayores motivos para autoengañarse.

demandar un comportamiento conforme a cuidado bajo toda circunstancia implicaría olvidar que un Estado de derecho, erigido sobre el mandato de neutralidad, solo puede esperar de sus ciudadanos una adecuación externa a las normas, mas no un seguimiento a cualquier precio<sup>160</sup>. Además de este argumento de legitimidad material, debe considerarse también el sentido de lo real, en términos de que podría resultar absolutamente inoficioso confiar en que alguien, bajo condiciones particularmente adversas, priorice el aseguramiento de sus capacidades por encima de sus intereses propios, olvidando con ello además la base antropológica del concepto de persona que anima al Derecho penal<sup>161</sup>. Por lo tanto, si, dadas las vicisitudes concretas del caso, la expectativa jurídica de un comportamiento conforme a cuidado ha desaparecido o devenido reducida, debiera operar entonces una eximente de responsabilidad penal o bien una eximente incompleta. Esto último es lo que justamente cabía afirmar en «El caso de los Williams», de considerarse plausible la siguiente lectura: para evitar adquirir una creencia errónea vía autoengaño los protagonistas del caso no solo habrían tenido que adoptar las medidas de cuidado ordinarias, sino que también habrían tenido que supervisar y controlar la influencia de las poderosas emociones que les llevaron a autoengañarse. Exigir esto último, sin embargo, podría implicar que se supere el umbral de comportamiento (conforme a cuidado) razonablemente esperable de alguien situado en su misma posición<sup>162</sup>. Ahora bien, que, bajo circunstancias tan singulares, un hecho delictivo así constituido no llegue a ser merecedor de pena (por considerarse la muerte del menor como una posible instancia de *poena naturalis*), por supuesto, es un problema distinto<sup>163</sup>.

## 5. Conclusiones

Que una persona pueda engañarse a sí misma acerca de un estado de cosas no solo es un fenómeno perfectamente posible en términos conceptuales, sino que, de hecho, es algo recurrente en nuestras prácticas cotidianas. Ello se debe a las múltiples funciones que el autoengaño puede desempeñar en la vida emocional de las personas. Como se ha intentado ilustrar a lo largo del presente trabajo, dicho proceso cognitivo puede dar lugar a complejos y heterogéneos escenarios con relevancia jurídico-penal. De ahí la importancia de su estudio.

La modalidad más problemática de autoengaño, en la que se ha concentrado este análisis, presenta una estructura que puede sintetizarse como sigue: quien lo padece abandona una representación acertada sobre un fragmento de la realidad y, en contra de la evidencia disponible, acaba adoptando una creencia errónea al respecto.

El singular esquema de este grupo de constelaciones –que no es idéntico al de la ignorancia deliberada– plantea difíciles incógnitas a la luz de la teoría del delito. En efecto, el hecho de que el agente haya contado inicialmente con una base representacional que, en su oportunidad, podría haberle proporcionado una suficiente capacidad de evitación, pero que ya no se encuentra disponible en el momento típicamente relevante, convierte al autoengaño en un caso especial de

<sup>160</sup> Sobre el papel de dicho principio en la elaboración de un concepto material de culpabilidad, véase KINDHÄUSER, «La fidelidad al derecho como categoría de la culpabilidad», en KINDHÄUSER/MAÑALICH (dirs.), *Pena y culpabilidad en el Estado democrático de derecho*, 2011, pp. 68 ss.

<sup>161</sup> GUZMÁN DALBORA, *Elementos de Filosofía Jurídico-Penal*, 2021, pp. 166 s.

<sup>162</sup> Como aquí, AGULE, «Minding Negligence», *Criminal Law and Philosophy*, (16), 2022, p. 250. En cambio, abogando por una exculpación plena, GARVEY, *Texas Law Review*, (85), 2006, p. 381.

<sup>163</sup> En esa dirección los comentarios aprobatorios de la decisión de la justicia estadounidense –que levantaron la pena a los padres del menor fallecido– desarrollados por ROBINSON, *Would You Convict?*, 1999, pp. 137, 142.



*dolus antecedens*. Su particularidad radica en que ha sido el propio agente quien provocó la pérdida de esa base epistémica.

Por una parte, dicha circunstancia excluye en estos casos una imputación ordinaria a título de dolo –al menos, bajo una noción que siga exigiendo un elemento cognoscitivo al momento en que se realiza el comportamiento típico–, aunque, al mismo tiempo, instala la posibilidad de imputar extraordinariamente el hecho a quien ha gestionado de manera contraria a cuidado la evidencia fiable que se encontraba a su disposición. Todo ello concierne al plano estructural del problema. Ahora bien, un asunto distinto es que esta modalidad de imputación (extraordinaria) tenga que acoplarse también al régimen incriminatorio y punibilidad asociados a la imprudencia, aspecto que perfectamente podría reconsiderarse en un contexto discursivo *de lege ferenda*.

Aun cuando el autoengaño se manifieste principalmente como un problema de imputación subjetiva, esto no implica que solo repercuta en dicho nivel sistemático. Como se ha sugerido aquí, en algunos casos el autoengaño puede traer causa en circunstancias que, ya sea de manera permanente o situacional, afectan la capacidad del agente para motivarse a adoptar el cuidado exigido. En otras situaciones, en cambio, y sin una merma en sus facultades cognitivas o volitivas, puede ser que la persona en cuestión se haya autoengañado respecto a la antinormatividad de su comportamiento. En ambos supuestos será necesario evaluar la vencibilidad del déficit padecido y producido de semejante manera. Por último, también cabe la posibilidad de que la adquisición de una creencia errónea vía autoengaño se origine en circunstancias que podrían ser candidatas para excluir o atenuar la exigibilidad de un comportamiento conforme a cuidado, tal como se ha propuesto aquí a propósito del autoengaño que es producto de una instancia de acrasia.

## 6. Bibliografía

- AGULE, «Minding Negligence», *Criminal Law and Philosophy*, (16), 2022, pp. 231-251.
- ALCÁZER GUIRAO, *Actio libera in causa dolosa e imprudente. La estructura temporal de la responsabilidad penal*, Atelier, Barcelona, 2004.
- AMERICAN PSYCHIATRIC ASSOCIATION, *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM-5-TR), 5ª ed., American Psychiatric Association Publishing, Washington DC, 2022.
- ANSCOMBE, *Intention*, 2ª ed., Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 2000.
- ASHFORTH/ANAND, «The normalization of corruption in organizations», *Research in Organizational Behavior*, (25), 2003, pp. 1-52.
- AUDI, *Action, Intention and Reason*, Cornell University Press, Ithaca, 1993.
- AUSTIN, «Three Ways of Spilling Ink», *The Philosophical Review*, (75-4), 1966, pp. 427-440.
- BACH, «An Analysis of Self-Deception», *Philosophy and Phenomenological Research*, (41-3), 1981, pp. 351-370.
- BARNES, *Seeing through Self-deception*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.
- BAYNE/FERNÁNDEZ, «Delusion and Self-Deception: Mapping the Terrain», en LOS MISMOS (eds.), *Delusions, Self-Deception, and Affective Influences on Belief-formation*, Psychology Press, New York, 2010, pp. 1-22.

BECK, «Neue Konstruktionsmöglichkeiten der actio libera in causa», *Zeitschrift für Internationale Strafrechtsdogmatik*, (6), 2018, pp. 204-211.

BERMÚDEZ, «Self-deception, intentions and contradictory beliefs», *Analysis*, (60), 2000, pp. 309-319.

BINDING, *Die Normen und ihre Übertretung*, t. IV, Scientia Verlag, Aalen, 1965 (reimp. original 1919).

BORTOLOTTI, *The Epistemic Innocence of Irrational Beliefs*, Oxford University Press, Oxford, 2020.

CARSON, *Lying and Deception*, Oxford University Press, Oxford, 2010.

CLIFFORD, *Lectures and Essays*, t. II, Macmillan and Co., London, 1901.

COLL MÁRMOL, «Autoengaño y responsabilidad», *Teorema*, (26-3), 2007, pp. 145-159.

COPPOLA, *The Emotional Brain and the Guilty Mind*, Hart Publishing, Oxford, 2021.

CORCOY BIDASOLO, *El delito imprudente*, 2ª ed., B de F, Montevideo/Buenos Aires, 2005.

DARWALL, «Self-Deception, Autonomy, and Moral Constitution», en McLAUGHLIN/RORTY (eds.), *Perspectives on Self-Deception*, University of California Press, Berkeley, 1988, pp. 407-430.

DAVIDSON, *Problems of Rationality*, Oxford University Press, Oxford, 2004.

———, *Essays on Actions and Events*, 2ª ed., Oxford University Press, Oxford, 2001.

DENNETT, *Brainstorms*, The MIT Press, Cambridge (Massachusetts), 1981.

DEWESE-BOYD, «Self-Deception», en ZALTA/NODELMAN (eds.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, Stanford University, Stanford, 2023.

———, «Taking Care: Self-Deception, Culpability and Control», *Teorema*, (26-3), 2007, pp. 161-176.

DOLD, «Die actio libera in causa als Sonderfall der mittelbaren Täterschaft», *Goldammer's Archiv für Strafrecht*, (155-7), 2008, pp. 427-441.

DUFF, *Answering for Crime. Responsibility and Liability in the Criminal Law*, Hart Publishing, Oxford/Portland, 2007.

EDWARDS, «Nondoxasticism about Self-Deception», *Dialectica*, (67), 2013, pp. 265-282.

EGAN, «Imagination, Delusion, and Self-Deception», en BAYNE/FERNÁNDEZ (eds.), *Delusions, Self-Deception, and Affective Influences on Belief-formation*, Psychology Press, New York, 2010, pp. 263-280.

FEIJOO SÁNCHEZ, «La teoría de la ignorancia deliberada en Derecho penal: una peligrosa doctrina jurisprudencial», *InDret*, (3), 2015, pp. 1-28.

FINGARETTE, *Self-Deception*, University of California Press, Berkeley, 2000.

FREUD, «La negación (1925)», en GERMAIN (rev.), *Sigmund Freud. Obras completas*, trad. por López-Ballesteros y de Torres, t. II, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1968, pp. 1134-1136.

FUNKHOUSER, *Self-deception*, Routledge, New York, 2019.

GARVEY, «Insanity», en ALEXANDER/FERZAN (eds.), *The Palgrave Handbook of Applied Ethics and the Criminal Law*, Palgrave Macmillan, Cham, 2019, pp. 385-419.

———, «What's Wrong with Involuntary Manslaughter?», *Texas Law Review*, (85), 2006, pp. 333-383.

GENDLER, «Self-Deception as Pretense», *Philosophical Perspectives*, (21), 2007, pp. 231-258.

GONZÁLEZ LAGIER, *Emociones, responsabilidad y derecho*, Marcial Pons, Madrid, 2009.

GONZÁLEZ LILLO, «La ignorancia deliberada frente al dolo y la imprudencia: una propuesta de delimitación conceptual», *Política Criminal*, (19), 2024, pp. 407-436.

———, «(Re)consideraciones sobre la llamada imprudencia “inconsciente”», *InDret*, (2), 2019, pp. 1-41.

GRECO, «Comentario al artículo de Ramon Ragués», *Discusiones*, (13), 2013, pp. 67-78.

GREEN, *Mentir, hacer trampas y apropiarse de lo ajeno*, trad. por Agustina Sanllehí/Amorós Bas/Ortiz de Urbina Gimeno, Marcial Pons, Madrid, 2013.

GUZMÁN DALBORA, *Elementos de Filosofía Jurídico-Penal*, Prolibros, Valparaíso, 2021.

HANSON, *Thinking about Addiction*, Rodopi, Amsterdam, 2009.

HAVA GARCÍA, *La imprudencia inconsciente*, Comares, Granada, 2002.

HEATH, «Business Ethics and Moral Motivation: A Criminological Perspective», *Journal of Business Ethics*, (83), 2008, pp. 595-614.

HELLMAN, «Willfully Blind for Good Reason», *Criminal Law and Philosophy*, (3), 2009, pp. 301-316.

HERTWIG/ENGEL, «Homo Ignorans: Deliberately Choosing Not to Know», en LOS MISMOS (eds.), *Deliberate Ignorance*, The MIT Press, Cambridge/London, 2020, pp. 3-17.

HÖRNLE, «Plädoyer für die Aufgabe der Kategorie „bedingter Vorsatz”», *JuristenZeitung*, (74), 2020, pp. 440-449.

HRUSCHKA, «Die actio libera in causa bei Vorsatztaten und bei Fahrlässigkeitstaten», *JuristenZeitung*, (1), 1997, pp. 22-27.

———, *Strafrecht nach logisch-analytischer Methode*, 2ª ed., De Gruyter, Berlin, 1988.

HUSAK, «Distraction and Negligence», en ZEDNER/ROBERTS (eds.), *Essays in Honour of Andrew Ashworth*, Oxford University Press, Oxford, 2012, pp. 81-93.

———, «The “But-Everyone-Does-That!” Defense», *Public Affairs Quarterly*, (10-4), 1996, pp. 307-334.

JAKOBS, *Kritik des Vorsatzbegriffs*, Mohr Siebeck, Tübingen, 2020.

———, «Indiferencia como dolo indirecto», trad. por Pérez del Valle, en ZUGALDÍA ESPINAR/LÓPEZ BARJA DE QUIROGA (dirs.), *Dogmática y ley penal. Libro homenaje a Enrique Bacigalupo*, Marcial Pons, Madrid, 2004, pp. 345-358.

———, «La denominada *actio libera in causa*», trad. por González Rivero, en JAKOBS (dir.), *Dogmática de Derecho penal y la configuración normativa de la sociedad*, Thomson/Civitas, Madrid, 2004, pp. 209-230.

JOHNSTON, «Self-Deception and the Nature of Mind», en McLAUGHLIN/RORTY (eds.), *Perspectives on Self-Deception*, University of California Press, Berkeley, 1988, pp. 63-91.

JORDAN, «Instantaneous Self-deception», *Inquiry*, (65-2), 2019, pp. 1-26.

JOSHI JUBERT, *La doctrina de la «Actio libera in causa» en Derecho penal*, Bosch, Barcelona, 1992.

KAPTEIN/VAN HELVOORT, «A model of neutralization techniques», *Deviant Behavior*, (40), 2019, pp. 1260-1285.

KINDHÄUSER, «El error sobre las circunstancias del hecho frente al error de prohibición», trad. por Contesse/Mañalich, *Revista de Estudios de la Justicia*, (31), 2019, pp. 127-145.

———, «La fidelidad al derecho como categoría de la culpabilidad», en KINDHÄUSER/MAÑALICH (dirs.), *Pena y culpabilidad en el Estado democrático de derecho*, B de F, Montevideo/Buenos Aires, 2011, pp. 68-114.

———, «El tipo subjetivo en la construcción del delito», trad. por Mañalich, *InDret*, (4), 2008, pp. 1-35.

———, *Gefährdung als Straftat*, Vittorio Klostermann, Frankfurt am Main, 1989.

KÖHLER, *Strafrecht. Allgemeiner Teil*, Springer, Berlin/Heidelberg, 1997.

KRSTIĆ, «On the function of self-deception», *European Journal of Philosophy*, (29-4), 2021, pp. 1-18.

LANGEVOORT, «Organized Illusions: A Behavioral Theory of Why Corporations Mislead Stock Market Investors (and Cause Other Social Harms)», *University of Pennsylvania Law Review*, (146), 1997, pp. 101-172.

LEVY, «Self-deception and Moral Responsibility», *Ratio*, (17), 2004, pp. 294-311.

LINEHAN, «Ignorance, Self-deception and Moral Accountability», *The Journal of Value Inquiry*, (16), 1982, pp. 101-115.

LUBAN, «Contrived Ignorance», *Georgetown Law Review*, (87), 1999, pp. 957-980.

LYNCH, «Willful ignorance and Self-deception», *Philosophical Studies*, (173), 2016, pp. 505-523.

MACKENZIE, «Self-Deception as a Moral Failure», *The Philosophical Quarterly*, (72-2), 2022, pp. 402-421.

MANRIQUE, «Ignorancia deliberada y responsabilidad penal», *Isonomía*, (40), 2014, pp. 163-195.

MANSDÖRFER, *Vorsatz und Entscheidung. Überlegungen zur subjektiven Zurechnung im Wirtschaftsstrafrecht*, Nomos, Baden-Baden, 2024.

MAÑALICH, «El dolo como creencia predictiva», *Revista de Ciencias Penales*, (47), 2020, pp. 13-42.

———, «Tentativa y resolución-al-hecho. Una reconstrucción desde la filosofía de la acción», *Isonomía*, (51), 2019, pp. 29-64.

———, «The Grammar of Imputation», *Jahrbuch für Recht und Ethik*, (27), 2019, pp. 411-428.

———, «La exculpación como categoría del razonamiento práctico», *InDret*, (1), 2013, pp. 1-29.

———, «El delito como injusto culpable. Sobre la conexión funcional entre el dolo y la consciencia de la antijuridicidad en el Derecho penal chileno», *Revista de Derecho*, (24), 2011, pp. 87-115.

MARTÍNEZ GARAY, «Incidencia de los trastornos mentales en categorías dogmáticas distintas de la imputabilidad», en CARBONELL MATEU (dir.), *La justificación penal: balance y perspectivas*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2008, pp. 321-422.

MARTÍNEZ GARAY/FRIGOLS I BRINES, «Anomalía o alteración psíquica y trastorno mental transitorio», en MOLINA FERNÁNDEZ (coord.), *Memento Penal 2023*, Lefebvre, Madrid, 2022.

MARTÍNEZ MANRIQUE, «Attributions of Self-Deception», *Teorema*, (26-3), 2007, pp. 131-143.

MARUNA/COPES, «What Have We Learned from Five Decades of Neutralization Research?», *Crime and Justice*, (32), 2005, pp. 221-320.

MCGRATH, «Self-deception as a technique of neutralisation: an analysis of the subjective account of a white-collar criminal Crime», *Law and Social Change*, (75), 2021, pp. 415-432.

MCLAUGHLIN, «Exploring the Possibility of Self-Deception in Belief», en MCLAUGHLIN/RORTY (eds.), *Perspectives on Self-Deception*, University of California Press, Berkeley, 1988, pp. 29-62.

MELE, «Self-Deception and Delusions», en BAYNE/FERNÁNDEZ (eds.), *Delusions, Self-Deception, and Affective Influences on Belief-formation*, Psychology Press, New York, 2010, pp. 55-70.

———, *Self-Deception Unmasked*, Princeton University Press, Princeton, 2001.

MIR PUIG, *Derecho penal. Parte general*, 10ª ed., Reppertor, Barcelona, 2016.

MOLINA FERNÁNDEZ, «Error de tipo derivado de anomalías o alteraciones psíquicas: un difícil desafío para la teoría del delito», *Icade*, (74), 2008, pp. 113-144.

MONTIEL, «Estructuras de responsabilidad y contextos anómalos», en EL MISMO (dir.), *Responsabilidad penal en contextos anómalos*, Editores del Sur, Buenos Aires, 2023, pp. 19-46.

MOORE, *Mechanical Choices. The Responsibility of the Human Machine*, Oxford University Press, Oxford, 2020.

MOORE/HURD, «Punishing the Awkward, the Stupid, the Weak, and the Selfish: The Culpability of Negligence», *Criminal Law and Philosophy*, (2), 2011, pp. 147-198.

NELKIN, «Responsibility and Self-Deception: A Framework», *Humana.Mente*, (20), 2012, pp. 117-139.

ORTIZ DE URBINA GIMENO, «El error sobre los presupuestos fácticos de una causa de justificación: argumentos para su consagración legislativa», en ACEVEDO/COLLADO/MAÑALICH (eds.), *La Justicia como legalidad. Estudios en homenaje a Luis Ortiz Quiroga*, Thomson Reuters, Santiago de Chile, 2020, pp. 237-263.

PASTOR MUÑOZ, «La debilidad emocional y delito de estafa: sobre el alcance de la protección jurídico-penal frente al fraude», en CARNEVALI RODRÍGUEZ (dir.), *Hacia un Derecho penal Liberal. Libro homenaje al profesor Carlos Künsemüller Loebenfelder*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2023, pp. 757-766.

———, «Caso de las pastillas adelgazantes», en SÁNCHEZ-OSTIZ (coord.), *Casos que hicieron doctrina en el Derecho penal*, La Ley, Madrid, 2011, pp. 307-318.

PAWLIK, *Das Unrecht des Bürgers. Grundlinien der Allgemeinen Verbrechenslehre*, Mohr Siebeck, Tübingen, 2012.

PEELS, *Ignorance. A Philosophical Study*, Oxford University Press, Oxford, 2023.

PERALTA, «El error inexcusable: fundamentos filosóficos y regulación positiva», en DE VICENTE REMESAL *et al.* (dirs.), *Libro homenaje al Profesor Diego-Manuel Luzón Peña con motivo de su 70º aniversario*, Reus, Madrid, 2020, pp. 905-915.

PÉREZ BARBERÁ, «¿Dolo como indiferencia? Una discusión con Michael Pawlik sobre ceguera ante los hechos e ignorancia deliberada», *En Letra: Derecho penal*, (11), 2021, pp. 91-139.

———, *El dolo eventual. Hacia el abandono de la idea de dolo como estado mental*, Hammurabi, Buenos Aires, 2011.

PLATZGUMMER, *Die Bewußtseinsform des Vorsatzes*, Springer, Wien, 1964.

PUEENTE RODRÍGUEZ, *El error de prohibición en el Derecho penal económico*, Atelier, Barcelona, 2024.

RABL/KÜHLMANN, «Why or why not? Rationalizing Corruption in Organizations», *Cross Cultural Management International Journal*, (16), 2009, pp. 268-286.

RAGUÉS I VALLÈS, «Irracionalidad de la confianza y dolo eventual», en DE VICENTE REMESAL *et al.* (dirs.), *Libro homenaje al Profesor Diego-Manuel Luzón Peña con motivo de su 70º aniversario*, Reus, Madrid, 2020, pp. 975-985.

———, *La ignorancia deliberada en Derecho penal*, Atelier, Barcelona, 2007.

———, *El dolo y su prueba en el proceso penal*, Bosch, Barcelona, 1999.

RAZ, *Practical Reason and Norms*, 2ª ed., Oxford University Press, Oxford, 1990.

RENIKOWSKI, *Restriktiver Täterbegriff und fahrlässige Beteiligung*, Mohr Siebeck, Tübingen, 1997.

REYES ALVARADO, «Imputabilidad e imputación», *InDret*, (2), 2024, pp. 233-266.

REYES ROMERO, «Sobre la construcción de la exigencia de cuidado», *Política Criminal*, (19), 2015, pp. 56-91.

ROBINSON, *Would You Convict? Seventeen Cases That Challenged the Law*, New York University Press, New York, 1999.

RÖNNAU/BECKER, «Vorsatzvermeidung durch Unternehmensleiter bei betriebsbezogenen Straftaten», *Neue Zeitschrift für Strafrecht*, (10), 2016, pp. 569-575.

ROXIN/GRECO, *Strafrecht. Allgemeiner Teil*, t. I, 5ª ed., C.H. Beck, München, 2020.

SÁNCHEZ-OSTIZ, «Coacción, intimidación y coerción en Derecho penal», *Persona y Derecho*, (81), 2019, pp. 185-200.

———, *La libertad del Derecho penal*, Atelier, Barcelona, 2014.

SARCH, *Criminally Ignorant*, Oxford University Press, Oxford, 2019.

SARTRE, *El ser y la nada*, trad. por Velmar, Altaya, Barcelona, 1993.

SEARLE, *Making the Social World*, Oxford University Press, Oxford, 2010.

SHUTE, «Knowledge and Belief in the Criminal Law», en SHUTE/SIMESTER (eds.), *Criminal Law Theory*, Oxford University Press, Oxford, 2002, pp. 171-296.

SILVA/FERRARI/LEONG/PENNY, «The dangerousness of persons with delusional jealousy», *Journal of the American Academy of Psychiatry and the Law*, (26-4), 1998, pp. 607-623.

SILVA SÁNCHEZ, *Derecho penal. Parte general*, Civitas, Madrid, 2025.

———, «Un nuevo modelo para la *actio libera in causa*: la *actio praecedens* como conducta punible de favorecimiento», en DE VICENTE REMESAL *et al.* (dirs.), *Libro homenaje al Profesor Diego-Manuel Luzón Peña con motivo de su 70º aniversario*, Reus, Madrid, 2020, pp. 1117-1129.

———, «¿Medidas de seguridad sin imputación subjetiva? Consecuencias de la incidencia de anomalías y alteraciones psíquicas en niveles sistemáticos distintos de la imputabilidad», en ZUGALDÍA ESPINAR/LÓPEZ BARJA DE QUIROGA (dirs.), *Dogmática y ley penal. Libro homenaje a Enrique Bacigalupo*, Marcial Pons, Madrid, 2004, pp. 867-890.

SILVA SÁNCHEZ/VARELA, «Responsabilidades individuales en estructuras de empresa: la influencia de sesgos cognitivos y dinámicas de grupo», en SILVA SÁNCHEZ (dir.), *Criminalidad de empresa y Compliance. Prevención y reacciones corporativas*, Atelier, Barcelona, 2013, pp. 265-286.

STARK, *Culpable Carelessness: Recklessness and Negligence in the Criminal Law*, Cambridge University Press, Cambridge, 2016.

STUCKENBERG, *Vorstudien zu Vorsatz und Irrtum im Völkerstrafrecht*, De Gruyter, Berlin, 2007.

SUTHERLAND, *White Collar Crime. The Uncut Version*, Yale University Press, New Haven, 1983.

SYKES/MATZA, «Techniques of Neutralization: A Theory of Delinquency», *American Sociological Review*, (22-6), 1957, pp. 664-670.

TASLITZ, «Willfully Blinded: On Date Rape and Self-Deception», *Harvard Journal of Law & Gender*, (28), 2005, pp. 381-446.

TURIENZO FERNÁNDEZ/CIGÜELA SOLA, «Cultura de cumplimiento: más allá de la ética corporativa (y del principio del hecho)», en CORCOY BIDASOLO/GÓMEZ MARTÍN (dirs.), *El principio de responsabilidad penal por el hecho*, Agencia Estatal del Boletín Oficial del Estado, Madrid, 2024, pp. 255-288.

VALIENTE IVÁÑEZ, «La doble dimensión del dolo como criterio de imputación», en GÓMEZ MARTÍN *et al.* (dirs.), *Un modelo integral de Derecho penal: libro homenaje a la profesora Mirentxu Corcoy Bidasolo*, Agencia Estatal del Boletín Oficial del Estado, Madrid, 2022, pp. 943-955.

———, «La imputación extraordinaria como modelo de adscripción de responsabilidad jurídico-penal. El ejemplo de la imprudencia», *Revista Electrónica de Ciencia Penal y Criminología*, (22), 2020, pp. 1-32.

VAN WEEZEL, «Una vez más sobre la distinción entre dolo e imprudencia: los casos en que el agente no persigue la realización del tipo penal», *Revista de Ciencias Penales*, (47), 2020, pp. 43-72.

VARELA, *Dolo y error: una propuesta para una imputación auténticamente subjetiva*, Bosch, Barcelona, 2016.

VARONA GÓMEZ, «El miedo insuperable y la “ética del hormiguero”. Reflexiones sobre el papel de las eximentes fundadas en la inexigibilidad de otra conducta», *Revista de Estudios de la Justicia*, (12), 2010, pp. 59-94.

VENDRELL FERRAN, «Hostile Affective States and Their Self-Deceptive Styles», en MONTES SÁNCHEZ/SALICE (eds.), *Emotional Self-Knowledge*, Routledge, New York, 2023, pp. 209-227.

VOGEL, *Norm und Pflicht bei den unechten Unterlassungsdelikte*, Duncker & Humblot, Berlin, 1993.

VON HIPPEL/TRIVERS, «The evolution and psychology of self-deception», *Behavioral and Brain Sciences*, (34), 2011, pp. 1-56.

VON LISZT, *Tratado de Derecho penal*, trad. de la 20ª ed. alemana por Jiménez de Asúa, t. II, Reus, Madrid, 1917.

WALKER, «Addiction and Self-Deception: A Method for Self-Control?», *Journal of Applied Philosophy*, (3), 2010, pp. 305-319.

WHITE, «Self-Deception and Responsibility for the Self», en MCCLAUGHLIN/RORTY (eds.), *Perspectives on Self-Deception*, University of California Press, Berkeley, 1988, pp. 450-484.

WIELAND, «Willful Ignorance», *Ethical Theory and Moral Practice*, (20), 2017, pp. 105-119.